

—Déjeme seguir. Muerto el pequeñín, había que enterrarle. Leoncio se procuró un ataúd blanco. Entre los dos amortajaron al pobre angel. . Sé todo esto por quien lo vió. . le vistieron con sus trapitos remendados. . le pusieron flores y ramitos de, albahaca. . Leoncio cogió la caja para llevarla al cementerio . . salió, tomó su camino por el Paseo Imperial. Figúrese usted si iría desolado el hombre.

—Sí... desoladísimo, y la situación algo novelesca. . Ya sé lo que usted me va á decir ahora. . Que los policías escogieron aquel momento de emoción tan grande y bella para echar el guante á Leoncio. . Sí, sí: es tremendo; pero qué quiere-usted, la ley es la ley. Observe, querido Pepe, que los policías, no fueron insensibles á la tribulación de un padre que va camino del cementerio con su hijo debajo del brazo: respetaron aquel dolor inmenso. .

—Pero le seguían. . Esperaban á que el niño quedara en la tierra, para caer sobre, el padre...

—Y eso prueba que no son los agentes de seguridad tan inhumanos como se cree. . Luego que Leoncio cumplió sus últimos deberes de padre, salió del cementerio...

—Y no había dado veinte pasos cuando, se abalanzaron á él como perros de presa. .

—Cumplían las ordenes que se les dieron. El otro sacó una pistola de esas que llaman *giratorias*, y empezó á tiros con los agentes: á uno le metió una bala en la clavícula; al

otro le habría dejado en el sitio si con tiempo no se hubiera puesto en salvo. . . El mismo ha referido que corría más que el viento.

—¡Lástima que Leoncio no hubiera matado á esos canallas! En fin, el valiente chico escapó de milagro. . Locos andan los guindillas buscándole.

— Y le encontrarán, créalo usted.

— Antes de que le, encuentren, querido Necedal, yo vengo á pedirle á usted que dé órdenes á don José de Zaragoza 6 al inspector Briones, para que dejen en paz á ese hombre infeliz... Leoncio no es más criminal que usted ni que yo, ni que otros mil, burladores de matrimonios y de toda ley religiosa y social.

Por Dios, mi querido Beramendi, nosotros seremos eso y algo más... allá usted con la responsabilidad de lo que dice; pero ni á usted ni á mí, gracias á Dios, se nos ha formado causa por adulterio y raptó, con agravante de abuso de confianza. . ¿Qué quiere usted que haga yo, yo, que habré sido el pecado, paso por ello, pero que ahora soy la ley?... Es uno pecado y es uno ley cuando menos lo piensa. Yo haría fácilmente, en este caso, lo que el amigo me pide: coger la ley y meterla donde nadie la viese... ¿Pero no sabe el amigo que tengo sobre mí la mosca de don Serafín del Socobio, que no me deja vivir, que viene á mí con sus pretensiones, asistido del Arzobispo, del Nuncio, del Presidente del Consejo, de la Reina y del Verbo Divino, para que yo coja y encierre y

haga picadillo al lobo que se llevó la oveja del *Joven Anacarsis*? ¿Si el juez me pide que le busque y le capture y le traiga atado codo con codo, qué he de hacer yo?

-Pues nada: mandar á paseo al juez, y á don Serafín, y á todas las personas altas que apoyan esa barbarie... Yo pregunto: ¿Leoncio Ansúrez se llevó á Virginia contra la voluntad de ésta?... ¿Por ventura empleó engaño para llevársela, ó recursos de magnetismo, ó algún brebaje maléfico?... ¿Cree usted que en la situación presente de Virginia y Leoncio, es legal y moral separarles? Ya sabe usted, Nocedal amigo, que entre sacristanes, la efigie milagrosa pierde mucho de su veneración. La moral labrada toscamente y vestida de colorines, ante la cual el vulgo se arrodilla y reza, á nosotros poco ó nada nos dice. Quitémonos la máscara, Nocedal, y hablemos claro. Ponga usted la mano sobre su conciencia, y dígame si cree que ese hombre, el hombre del niño muerto y de la pistola giratoria, debe ser perseguido como un criminal.

-¿Quién lo duda, Marqués? ¡A dónde iríamos á parar si aplicáramos al pueblo la moral que usted llama de los sacristanes!.,

Dijo esto con su habitual gracejo, mirando al amigo y turbándole un tanto con la fina sonrisa que solía poner en su rostro volteriano. Muy serio contestó Beramendi: "Iríamos á parar á donde estamos: á la relajación de toda ley, al libre ambiente de una sociedad en la cual todos somos unos

grandes bribones que nos pasamos la vida perdonándonos nuestras picardías y barbasadas. Si no tuviera esta sociedad el perdón y la indulgencia, no tendría ninguna virtud. Toda la moral que viene de arriba, en cuanto toca al suelo queda reducida á un Prontuario de reglas prácticas para uso de las personas pudientes... Elevémonos un poco sobre estos absurdos; levantemos nuestros corazones, que usted puede hacerlo como nadie: su gran talento le ayudará. Tras de usted voy yo, y con usted subo... Seamos un poquito indulgentes con ese humilde ladrón de mujer casada, ya que con ladrones mejor vestidos hemos derrochado tanta indulgencia... ¿No lo cree usted así?

-¿Yo qué he de creer?-replicó Nocedal echándolo todo á risa.-Ingenioso es lo que usted me dice, y yo le oigo con mucho gusto.. .

-Pero oyéndome con mucho gusto, en cuanto yo vuelva la espalda tomará usted sus medidas para cometer la gran iniquidad. No me mire con esos ojos, que no sé si son asombrados ó burlones... La intención del Ministro bien comprendida esta.. . Han hecho ustedes una *Ley de vagos*..

-Sí, señor. Ley de higiene social, de policía política.. .

-Está bién. Esa Ley, que ya es inicua por facilitar la persecución y destierro de la gente política de oposición, lo es mucho más porque con ella se desembarazan los amigos del Gobierno de toda persona que les estor-

ba. ¿Que don Fulano'6 don Mengano, personaje ó fantasmón influyente; que la Zutanita, ó la Perenzejita, damas, ó menos que damas, querindangas tal vez de cualquier cacicón, tienen algún enemigo á quien desean apabullar con razón ó sin ella? Pues aquí está la Ley de vagos para socorrer á los bienaventurados que tienen hambre y sed de venganza.

—¡Eh... poco á poco, Marqués! -dijo don Cándido con gravedad sincera. -Eso podrán hacerlo otros... no lo sé. Lo que aseguro es que yo no lo hago.

-Pero como en el caso de Leoncio Ansuárez hay causa criminal pendiente, el señor Ministro lo hará, y se quedará tan fresco y ni aun se lavará las manos con quebado el golpe. ¡Qué manera tan sencilla y fácil de dar satisfacción á esos malditos Sobobios! Coge la policía al desdichado Ansuárez, y por el doble delito de robará Virginia y del desacato reciente á la autoridad, me le mandan á Leganés atado codo con codo. De allí, sin dejarle respirar, sin que nadie se entere, ni puedan socorrerle los que le aman, 'saldrá para Filipinas ó para Fernando Poo, la primera cuerda... ¡Qué bonita, qué rápida sentencia! ¡Y la pobre mujer, que porfasó por nefas tiene puesto en él todo su cariño, esperándole hoy, esperándole mañana, esperándole quizás toda la vida!

-Es triste... sí... Ya ven que el amor libre tiene sus quebras...

-Et amor atado las tiene mayores. Y

ya que hemos nombrado á Virginia, sabrá usted que la he recogido, la he puesto en lugar seguro... no me pregunte usted dónde... y me la llevare á mi casa, donde Ignacia y yo la tendremos y miraremos como hermana, si nuestro buen amigo persiste en aplicar á Leoncio la Ley de vagos.

-Verdaderamente -dijo el Ministro fingiéndose sorprendido para disimular su inclinación á la benevolencia, no sé, no entiendo, mi querido Marqués, los móviles de ese interés de usted por un quídam, por un zascandil.. .

-Los móviles de este grande interés -replicó Beramendi con acento grave, -no son otros que un ardiente amor á la justicia. La justicia esencial me mueve.. . Y esto que digo, bien lo comprende usted. En el fondo de su espíritu, usted piensa y siente como yo.. . Pero desde el fondo del espíritu de Nosedal á la exterioridad del hombre público, del ultramontano por conveniencia, del Ministro de la Gobernación, hay distancia tan grande, que los sentimientos no tienen tiempo de llegar á los ojos, á los labios... ¿Qué?

—No he dicho nada. Siga usted.

--Sólo me queda por decir que si el amigo no me hace caso, si no satisface este anhelo mío de justicia, perderemos las amistades.

—¿Así como suena?... ¿Perder las amistades?... Y amistades que no son políticas, sino de puro afecto y simpatía.

—Afecto y simpatía se desvanecerán. Además de eso, yo perderé una ilusión: el convencimiento de que Nocedal no es tau fiero como le pintan . . .”

Tanto y con tanto ardor insistió Fajardo en su pretensión humanitaria, que el otro, si no se dió á partido resueltamente, bien claro mostraba en su rostro la flexibilidad inherente á todo político español ; blandura de voluntad que si en el común delos casos que afectan al interés público es defecto grande, en algún particular caso, como el que ahora se cuenta, era hermosa virtud: Un poco más de matraca del bravo Beramendi, y ya podría Leoncio reirse de la trampa que le tenían armada... No era, en efecto, el Ministro de la Gobernación tan fiero como se le pintaba. Su destemplado ultramontanismo: manifiesto en la vaguedad de los principios y en la retumbancia de los discursos, apenas tenía eficaz acción en la vida práctica, y si en la general esfera política funcionaba con estridente ruido el potro de tormento, en la esfera privada y en los casos particulares, todos los garfios y ruedas de la tal máquina se volvían completamente inofensivos. Era Nocedal un hombre culto, de trato amenísimo, que había tomado la postura ultramontana porque con ella descollaba más fácilmente entre sus contemporáneos. Si los caracteres son producto y resultancia de elementos éticos que, difusos y sin conformidad entre sí, se ramifican en el fondo social, el complejo sér

de don Cándido-había tomado su fundamental savia de yacimientos morales muy desperdigados y diferentes. Sensible como pocos al amor, la ternura de su corazón ante el sexo débil le inspiraba la piedad en la vida política. Por eso, si no presenta su conducta privada el modelo perfecto del hombre, tampoco hay en su gestión pública actos de crueldad; si por la doctrina ultra-reaccionaria que profesó fué odioso á muchos que no le conocían, su trato encantador y afabilísimo le hizo simpático á cuantos le trataban. Juzgándole por el aspecto declamatorio y vano que lleva en sí todo papel político, aparece como un discípulo de Torquemada, 6 como Gregorio VII redivivo; pero si le hacemos bajar á las llanezas de la Administración, vemos en 61 un excelente gobernante, que supo llevar el orden, la actividad y la rectitud al departamento que regía.

Seguro ya de haber conquistado el corazón del ministro, despidióse Beramendi con extremos de afecto y gratitud.. . Algún recelo le asaltó al partir; ya próximo á la puerta, retrocedió, diciendo á su amigo: “No me voy tranquilo, Nocedal... y es que.. . me temo que usted, con toda su buena voluntad, no pueda ocuparse de este asunto.. . por falta de tiempo. . . Déjeme que le explique. . . La gran tensión de espíritu que he puesto en salvar á Leoncio, me quitó de la memoria.. . algo que quería decir á usted. _ Es una noticia de sensación. Allá va: es tan ustedes caídos. ,”

Riendo, contestó Nocedal algo que expresaba dubitación no exenta de intranquilidad.

“Lo sé por el conducto más auténtico. La Regia prerrogativa, que hemos convenido en comparar á una veleta, ha dado una vuelta en redondo.

-Cuentos, amigo, chismajos de la Puerta del Sol. Su Majestad esta en meses mayores y no se ocupa de política.

-Su Majestad está fuera de cuenta, y ha decidido que la noticia de su alumbramiento no la dé al país el Ministerio Narváez-Nocedal. Veo que usted no lo cree... tal vez lo duda. Pues *in dubiis libertas*. La libertad de ese Leoncio me arreglará usted sin tardanza. Hoy, mismo, por lo que pueda tronar...

-Arreglado quedará hoy.

-Hágalo usted por mí, por la Justicia... y por el feliz alumbramiento de doña Isabel II.,

XXII

En la Puerta del Sol se encontraron Beramendi y el *Joven Anacarsis*, ¡oh fatalidad cómica de los encuentros personales en el laberinto de las poblaciones!, y después de los saludos, cambiáronse las preguntas que infaliblemente se hacían siempre que la casualidad les juntaba. Ernesto preguntó por

Aransis, y Beramendi por Teresa Villaescusa. Ved aquí las respuestas: continuaba en Atenas el Marqués de Loarre; pero fatigado ya de la vida helénica y algo resentida su salud, había pedido licencia para venir á Madrid y gestionar su traslado á Bruselas ó Stockolmo. Teresa volvía de París, después de ausencia larga y de no pocas peripecias, según le habían contado á Ernestito sus amigos del Crédito Franco-Español. Ya no *hablaba* con Brizard; los motivos del acabamiento de relaciones, *Anacarsis* los ignoraba. Sólo sabía que la hermosa mujer había cogido en sus redes á un Marqués ó Conde andaluz, tan cargado de años como de dinero, según decían, y no libre de los achaques que anublan el ocaso de una vida de continuos goces... De algo más habló Ernesto; pero en la memoria de Beramendi no quedó rastro de ello, y con indiferencia le vió partir y desvanecerse en aquella muchedumbre de la Puerta del Sol, compuesta de desocupados expectantes y de transeuntes sin prisa.

El mismo día en que Isabel II dió á luz con toda felicidad un Príncipe que había de llamarse Alfonso, llegó á Madrid Teresa Villaescusa. Recibíala su patria con tumulto de alegría y esperanzas, y con preparativo de lestejos: hasta en esto había de tener Teresa buena sombra. En su paso desde la frontera á Madrid, las impresiones que recibió fueron asimismo muy gratas, según contó meses adelante á sus amigos de esta Corte.

Ello fué que, viniendo de un país tan bello como Francia y de ciudad tan opulenta y fastuosa como París, al embocar á España por Behovia no sintió la tristeza que deprime el ánimo de la mayoría de los viajeros cuando pasan de la civilización á la incultura! y del vivir amplio á la estrechez mísera; sintió más bien alborozo y verdadero amor de familia. Airaveando en la diligencia las estepas de Castilla, no se cansaba Teresa de contemplar las tierras pardas, sin vegetación, á trechos labradas para la próxima siembra; entreteníase mirando y distinguiendo los tonos diferentes de aquella tierra esquilhada, madre generosa que viene dando de comer á la raza desde los tiempos más remotos, sin que un eficaz cultivo reconstituya su savia ó su sangre. Miraba los pueblos pardos como el suelo, las mezquinas casas formando corrillo en torno á un petulante campanario.. Ni amenidad, ni frescura, ni risueños prados veía, y no obstante, todo le interesaba por ser suyo, y en todo ponía su cariño, como si hubiera nacido en aquellas casuchas tristes y jugado de niña en los egidos polvorosos. Las mujeres vestidas con justillo, y con verdes ó negros refajos, atraían su atención. Sentía piedad de verlas desmedradas, consumidas prematuramente por las inclemencias de la naturaleza en suelo tan duro y trabajoso. Las que aún eran jóvenes tenían rugosa la piel. Bajo las huecayas asomaban negras piernas enflaquecidas. Los hombres, avellanados, zancu-

dos, con su seriedad de hidalgos venidos á menos, parecían llorar grandezas perdidas. Todo lo vió y admiró Teresa, ardiendo en piedad de aquella desdichada gente que tan mal vivía, esclava del terruño, y juguete de la desdeñosa autoridad de los poderosos de las ciudades. Por todo el camino, al través de las llanadas melancólicas, de las sierras calvas, de los montes graníticos, iba empapando su mente en esta compasión de la España pobre, á solas, muy á solas, pues la persona que la acompañaba esparcía sus pensamientos por otras esferas.

En Madrid permaneció Teresa algunos días en completa obscuridad. Advirtieron los amigos y parientes de la familia que la Coronela no echaba las campanas á vuelo., por la llegada de su hija, sin duda porque ésta no había rezado bastante al bendito San Millán para que le concediera el millón, objeto de las ansias maternas. Según indicaciones de Manolita, el rompimiento con Brizard no había sido por culpa de Teresa, cuyo comportamiento con el caballero francés fué siempre correctísimo. Los padres de Isaac le prepararon matrimonio con una opulenta señorita alsaciana, que debía de ser hebrea por el sonsonete del nombre, algo así como *Raquel* ó *Rebeca*... Lo que le supo peor á Manolita fué que Brizard, al despedirse de Teresa, no le dió más que la porquería de diez mil francos. ¡Quién lo había de creer de un hombre tan rico, tan rico, que sólo en un punto que llaman Mulhonse te-

nía tres fábricas de hilados, y en otro punto que llaman Charleroi, allá por los Países Bajos, poseía minas de carbón muy grandes, muy ricas! En fin, no había más remedio que tener paciencia. Daba á entender asimismo la Coronela que no era muy de su devoción aquel **embalsamado** con quien Teresa volvía de París, un señor flaco, atildado y mortecino, que parecía un Cristo retirado de los altares. Limpio era y de maneras finísimas el Marqués de Itálica, que así le llamaban; pero algo tacaño, y además hurón: venía con el propósito de llevarse á Teresa á un pueblo de Sevilla donde tenía gran casa y hacienda mucha. ¡Vaya que meter á la niña en un villorrio y esconderla como cosa mala!.. Nada pudo contra esto Manolita, y vió pasar á su hija por Madrid como una sombra triste, después de socorrer á Centurión con algún dinero y á doña Celia con cuatro hermosas macetas de flores.

Hallábase Beramendi en aquellos días muy debilitado de memoria y con los ánimos caídos. Pasaban hechos y personas por delante de su vista sin dejar imagen ni apenas recuerdo, y la vida externa le interesaba poco, como no fuera en la esfera familiar y de las íntimas afecciones. Una vez que aseguró la libertad y sosiego de *Mita* y Ley, y les vió partir para el pueblo donde tenían su habitual residencia y modo de vivir, quedó tranquilo y no se ocupó más que de sus propios asuntos. Paseando solo una mañana por la calle de Alcalá, vió á Eufra-

sia que salía de San José con Valeria. Ambas venían de trapillo eclesiástico, vestidas modestamente, y con rosario y libro. Ya sabía Beramendi que **la moruna** andaba en la meritoria empresa de corregir á la Navascués de sus locos devaneos, aplicándole la medicina infalible: frecuentar los actos religiosos. Consigo á diferentes iglesias la llevaba, eligiendo aquellas formas del culto que más pudieran cautivar por su solemnidad á la descarriada joven. Y no estaba Eufrasia descontenta. Valeria, mujer de indecisa y floja personalidad, se dejaba modelar fácilmente por toda mano que la cogía. Saludó á las dos damas el buen Fajardo, que después del cambio de cortesanías, oyó de labios de la Marquesa estas palabras afectuosas: “¡Ay Pepe, qué caro se vende usted! . . . ¿Nosotras? Ya lo ve.. . venimos de la iglesia, venimos de comulgar... Aprenda usted, hereje, mal cristiano.. . Adiós, adiós, y vaya usted alguna vez por casa, que allí no nos comemos la gente.,

Siguió cada cual su camino. Beramendi las vió pasar como sombras, y no pensó más en ellas. Así había visto pasar y caer el Ministerio Narváez Nocedal, cuya política arbitraria y dura llegó á inspirar miedo en Palacio, y así vió venir el Gabinete Armero-Mon-Bermúdez de Castro, que no era más que una cataplasma simple aplicada al tumor nacional; vió después desvanecerse y morir con su último día el año 57, y aparecer con risueño semblante el 58; y vió cómo

trajo también este año nuevo su correspondiente Ministerio anodino, que se llamó Istúriz-Sánchez Ocaña, y tan sólo se hizo memorable porque dentro de él unos tiraban á liberales templados, otros al absolutismo rabioso... En la mente de Fajardo se fijó la idea de que el alma de la Nación, como la de él, sufría un acceso de pesada somnolencia. Todo dormía en la sociedad y en la política; todo era gris, desvaído; todo insonoro y quieto como la superficie de las aguas es tancadas. Pasaban meses, y las querellas entre las distintas fracciones moderadas, la *liga blanca*, la *liga negra*, no sacaban á la política de su sombría catalepsia... Por fin, un hombre agudísimo y de oído, don José Posada Herrera, astur, largo de cuerpo y de entendederas, puso fin á todo aquel marasmo y atonía de las voluntades.

Antes de ver cómo se movieron las dormidas aguas, sepase que una mañana de fines de Mayo fué sorprendido Beramendi por la súbita presencia de Guillermo de Aransís, que apenas llegó de Marsella corrió á los brazos de su entrañable amigo. Doce días había tardado del Pireo á Madrid, rapidísimo viaje en aquellos tiempos de lentitud en todas las cosas. Encontróle Fajardo envejecido, canosa la barba, ralo el pelo, y los ojos privados de aquel alegre resplandor que tuvieron en España. “¿Qué tal las griegas? ¿Te han tratado bien las griegas?”, le dijo. Sonrió el de Loarre; y como el otro pidiera

con insistencia informes del bello sexo en aquel clásico país, hizo Guillermo un resumen étnico y social de todo el mujerío ateniense, lacedemonio, beocio y tesálico... Luego, en el almuerzo, á instancias de Ignacia y de don Feliciano, dió noticias interesantes de Atenas, de la-Acrópolis, del Partenón, de los montes Pindo, Himeto, y hasta del mismísimo Parnaso. Con todas sus hermosuras, más reales en el conocimiento humano que en la propia Naturaleza, Loarre quería dar un solemne adiós á la patria de Homero solicitando la representación de España en un país del Norte de Europa. “Pide por esa boca, hijo mío, y no te quedes corto -dijo Berdmendi, -que prontito vamos á tener en candelero á nuestro grande amigo *don Leopoldo el Largo*, y á él nos vamos como fieras cuando gustes... ¿Quieres mañana, quieres hoy mismo?,”

Respondió Aransís que no había tanta prisa, y que si estaba en puerta O'Donnell, debían esperar á la efectiva entrada. “¡Ay, chico, cómo se conoce que vienes de Grecia, de un país alelado, de un país dormido sobre ruínas! Hay que tomar vez, hijo mío. No permitamos que el aluvión de pretendientes nos coja la delantera. Seamos nosotros aluvión de madrugadores. Iremos mañana. ¿No sabes lo que pasa? En-el Ministerio de este pobrecito Istúriz han puesto una bomba, que se llana don José Posada Herrera, la cual estallará el día menos pensado, y vas á ver volar por los aires los restos despedazados

del Moderantismo. Y hay más, querido Guillermo. Me consta, por revelación directa y verbal de un amigo mío que tiene alas para entrar en Palacio, y entra por los balcones, por las chimeneas, por las rendijas... vamos, por donde quiere; me consta, digo, que la pobrecita Isabel está desde hace un año muy pesarosa de haber despedido á O'Donnell.. . Fué un verdadero tropezón y torcedura de pie en aquel baile famoso.. . Su Majestad no tiene consuelo, y elevando sus Reales ojos á las bóvedas pintadas por Tiépolo, dice que no hay hombre más insufrible que Narváez; que se vió precisada á darle el canuto antes de tiempo, porque con sus malas pulgas y sus intemperancias sacaba de quicio á toda la Nación; que ha traído estos Gabinetes de cerato simple para calmar los ánimos, apurar las Cortes y ganar días, hasta que lleguen los de O'Donnell, que serán largos y felices... Esto y algo más que aquí no puedo decir, tengo yo que contarle al Conde de Lucena.. . A poco que él apriete, España es suya y para mucho tiempo. ¡Arriba la Unión!... Dime tú: ¿has leído el discurso que en el Senado pronunció don Leopoldo en Mayo del año último?... **No, padre.** Pues á tu Legación había de llegar la **Gaceta**. Pero tú, entretenido con las griegas, no ponías la menor atención en las cosas de tu patria. En aquel discurso memorable, sin fililíes oratorios, salpicado de frases pedestres y de alguno que otro solecismo, se nos revela O'Donnell como el primer revolucio-

nario y el primer conservador. El transformará la familia social; él ennoblecerá la política para que ésta, á su vez, ayude al engrandecimiento de la sociedad.. . ¿No me entiendes? Pues ya te lo explicaré mejor. ¡Arriba la Unión, arriba O'Donnell!,

Fueron á visitar al grande hombre, á quien hallaron frío y reservado en la conversación política, afabilísimo y jovial en todo lo que era de pensamiento libre. Algo de las referencias de intimidad palatina que Beramendi le llevó, ya era de él conocido: algo había que ignoraba ó que afectaba ignorar, añadiendo que le tenía sin cuidado. Dejaba traslucir la persuasión de que el poder iría pronto á sus manos; pero esperaba sin impaciencia la madurez del hecho. En su íntimo pensar, se decía Beramendi que esta actitud de flemática pasividad no carecía de afectación, finamente disimulada. Era un recurso más de arte político, casi nuevo entre nosotros. Variando graciosamente la conversación, O'Donnell pidió á Guillermonoticias de la política griega, de cómo eran allá las Cámaras, el parlamentarismo, de la forma en que se hacían las elecciones y se mudaban los Gobiernos. Aransis le explicó la política helénica con extremada precisión narrativa, y con detalles pintorescos y ejemplos anecdóticos que daban la impresión **justa** de de la realidad. El General y todos los presentes alabaron la pintura, y doña Manuela sintetizó su juicio con esta seca frase: "Lo mismo_ que aquí.

-- lo mismo, no-dijo don Leopoldo.— Peor, mucho peor. Nos imitan, y los imitadores valen siempre menos que sus modelos..,

Hablóse esto en la modesta casa (calle del Barquillo) y en la modestísima tertulia del General, después de comer. Los íntimos que asiduamente concurrían no pasaban de media docena, y el tiempo se invertía en conversaciones familiares, ó en alguna partida de tresillo casero, á tanto ínfimo. El juego favorito de O'Donnell era el ajedrez; pero no quería jugarlo sino cuando la ocasión le deparaba un adversario digno de su maestría. Conviene hacer constar los hábitos sencillísimos del gran don Leopoldo. Por las mañanas solía consagrar largas horas á la lectura de libros y revistas profesionales, que le ponían al tanto de la ciencia militar de su tiempo. Después de almorzar recibía visita de gente política, con la cual charlaba discretamente sin dar largas á su espontaneidad. Paseaba por las tardes, en buen tiempo, con la Condesa; no iba jamás á reuniones, y á teatros rarísima vez. Por las noches, después de la tertulia, en la cual se daba el **rompan filas** á hora temprana, tenía largas pláticas con su mujer, que, por sufrir pertinaces insomnios, procuraba entretener los instantes hasta que llegase el del deseado sueño. Gustaba doña Manuela de la lectura de folletines, y se deleitaba y divertía con los más excitantes, de acción enmarañada y liosa, que mal traduci-

dos del francés eran la sabrosa comidilla, que daba la prensa de aquel tiempo á *sus amables suscriptoras*. Conigual interés se internaba la Condesa de Lucena en los asuntos enredosos y en los sentimentales, sin que se le escapara ningún lance ni perdiera jamás el hilo que por tales laberintos la guiaba.

Pues la noche aquélla de la visita de Beramendi y Loarre, que debió de ser allá por Junio del año 58, retiróse como de costumbre doña Manuela á su estancia apenas terminada la tertulia. Tras ella fué don Leopoldo, y como las anteriores noches, la invitó á que se acostara. ¿Qué necesidad tenía de calentarse la cabeza, vestida, leyendo junto al velón? “Yo leo, y tú escuchas hasta que te entre sueño.., Así se hizo: dispuso la doncella el velador junto á la cama, después de acostar á la señora; el gran O'Donnell ocupó á la vera de la mesita su sitio, y gozoso del papel familiar que desempeñaba, tiró de periódico y dió comienzo á la lectura, en el pasaje que su buena esposa le indicaba: Capítulo tantos de *El último veterano; La Condesa de Harleville y el Mayordomo*, por *E. M. de Saint-Hilaire*.

Guiando *su* vista con el dedo índice que de línea en línea resbalaba, el gran O'Donnell leía:

“Uno de los testigos prestó su sable á nuestro joven, que no decía una palabra; pero apenas se pusieron en guardia, cuando Monsieur Massenot conoció que el artillero, á

pesar de ser boquirrubio, sería para él un adversario temible. En efecto: en el momento en que Mr. Massenot se aprestaba á introducir con una estocada recta seis pulgadas de hoja en el estómago del rubio, éste ejecutó con su sable un molinete tan rápido, que se hubiera dicho que era un sol de fuegos artificiales. »

—¡Qué bien!-exclamó doña Manuela con júbilo.-Ese rubio, ya te acuerdas, es aquel artillerito que vino de la Bretaña disfrazado de buhonero. Por las trazas es hijo natural de la Condesa... Adelante.

—Mariscal en jefe de los alojamientos, recoged vuestra nariz-le dijo el artillero con tranquilidad, —y otra vez sed más amable con vuestros inferiores...-Estas fueron las únicas palabras que pronunció el rubio.

—Según eso -observó doña Manuela,—¿le cortó la nariz?

—Así parece... Y bien claro lo dice: “El rostro de Massenot se cubrió de sangre, que corría como dos arroyos sobre sus mostachos grisáceos. »

—Me alegro, Leopoldo. . . Ande, y que vuelva por otra. Ahora veamos lo que sigue contando Harleville.

—A eso vamos: “Pues bien, mi querido acuchillado -dijo Harleville,—esa desgraciada aventura no corrigió al mayor Massenot, porque en 1815, antes del regreso de nuestro Emperador, se encontraba una tarde en el café Lamblin, en Palais Royal, sentado enfrente de un oficial de Dragones...»

Interrumpió doña Manuela la lectura incorporándose y atendiendo á ruidos que venían del interior de la casa.

—No han llamado-dijo el de Lucena; —sigamos: “enfrente de un oficial de Dragones, á medio sueldo como él. . .»

—Sí que habían llamado, y también habían abierto. Oyeron doña Manuela y su marido los pasos de la doncella, que después de un discreto golpe con los nudillos, entró con un pliego en la mano, y dijo: “Esto trae un señor de Palacio. . .»

Levantóse O'Donnell, y cogido el pliego abriólo despacio, y leyó para sí. Impaciente doña Manuela, quería echarse de la cama con esta ardorosa pregunta: “¿Qué, Leopoldo?... ¿Ya...?”

—Sí, ya,-replicó el grande hombre imperturbable.

—¡A es ta hora! ¿No son ya las doce?

—Su Majestad no quiere que pase la noche sin hablar conmigo. . . Pronto. . . A Matías que saque mi uniforme. Voy á vestirme. »

Hizo doña Manuela por levantarse, movida de la gran vibración nerviosa y del cerebral tumulto que aquel repentino suceso en ella promovía. Mas el General le ordenó que siguiese en la cama, y con tranquilo acento le dijo al despedirse: “Creo que volveré pronto. Si cuando yo vuelva estás desvelada, seguiremos leyendo... Hay que ver si recobra su libertad la Condesa, y en qué para ese boquirrubio. . . Hasta luego..»

XXIII

¡Arriba la *Unión Liberat!* ¡Viva don Leopoldo! Al fin se ponía el cimiento al edificio político que aliaba las expansiones del espíritu moderno con el recogimiento y la majestad de la tradición. ¡Al poder los hombres de juicio sereno, no extraviados por el proselitismo sectario, ni petrificados en bárbaras rutinas! Entren en la vida pública todos los hombres que al saber de cosas de Gobierno reúnen la distinción y el buen empaque social. Vengan la riqueza y los negocios á desempeñar su papel en la política, y ensánchese la vida nacional con la desvinculación de las comodidades, del bienestar y hasta del buen comer. ¡Abajo la Manca Muerta! Desamorticemos y repartamos, no con violencia revolucionaria, sino con parsimonia y suavidad conservadoras, concordando con el Papa la forma y modo de conciliar los intereses de la Iglesia con los de la sociedad civil. Hágase política sinceramente constitucional y parlamentaria. Venga libertad y venga orden, el orden augusto que engendran las leyes bien meditadas y bien cumplidas. Creémos una poderosa Marina, un Ejército potente dentro de nuestros medios, y con este modo de señalar, Ejército y Marina, pidamos un puesto en la diplomá-

cia europea. Salga de su infancia la ciencia, florezcan las artes y despójense nuestras costumbres de toda rudeza y salvajismo. Seamos europeos, seamos presentables, seamos limpios, seamos, en fin, tolerantes, que es como decir limpios del entendimiento, y desechemos la fiereza medieval en nuestros juicios de cosas y personas. Transijamos con las ideas distintas de las nuestras y aun con las contrarias, y pongámonos en la cimera de nuestra voluntad, como divisa, la bendita indulgencia.

Esto decía Beramendi, ardiente propagandista de la Unión, en todas las casas á donde solía ir, que no eran pocas, y extrema. ba sus entusiasmos y el brío de su declamación en la morada de uno y otro Socobio, don Saturno y don Serafín; á las cuales concurría después de algunos años de absentismo. Con la Marquesa de Tillares de Tajo, cada día más talentuda y perspicaz, tenía Fajardo las grandes pláticas de política. Era una persona con quien daba gusto discutir, disputar y aun pelearse, porque conocía muy bien el mundo, y manejaba con igual donosura las ideas propias y las contrarias. Sin abdicar de sus opiniones narvaístas, ocasionales sin duda, *Za moruna* reconocía la inmensa fuerza con que O'Donnell entraba en campaña, llevando á su lado lo mejor de los dos partidos históricos. Del moderado le seguían nada menos que Martínez de la Rosa, don Alejandro Mon, Istúriz, y otros muchos que estaban ya con un pie dentro de la

Unión. Del *Progreso* había tomado á Prim, á Santa Cruz, á Infante, á don Modesto Lafuente, á Lemery, á don Cirilo Alvarez y otros que vendrían detrás. No tenía O'Donnell perdón de Dios si con tales elementos y la grande autoridad adquirida con su sensato proceder en la oposición, desde el 56 al 58, no realizaba una obra memorable de paz y florecimiento en este país. Pronto se vería si España había encontrado al fin su hombre, ó si el que á la sazón la tenía entre sus manos, era una figura más que añadir á nnes tra galería de fantasmones.

El principal móvil de las asiduidades de Beramendi en las casas de uno y otro Socobio, era que se había impuesto la caballeresca empresa de reconciliar á Virginia con sus padres, trabajosa, descomunal aventura. En Mayo de aquel año, antes del triunfo de la Unión, dió principio á la campaña poniendo cerco á la terquedad de don Serafín, voluntad maciza, baluarte atávico, defendido por ideas contemporáneas del Concilio de Trento. La expugnación de esta formidable plaza era difícil; mas no arredraron al gran batallador Beramendi ni la fortaleza de los muros, ni el vigor de las rutinas que los defendían. Con la táctica del sentimiento obtuvo las primeras ventajas, y desde el recinto sitiado se le llamó á parlamentar. Don Serafín y doña Encarnación manifestaron al caballero que perdonarían á Virginia; que estaban dispuestos á reintegrarla en su amor, á recibirla en su casa, ya viniese sola, ya

con la añadidura de algún chiquillo, habido en su deshonesto vagancia. Con ella transigían y con el fruto de su vientre, que ya era mucho transigir, sacrificando sus ideas y su recta moral al irresistible amor de padres. Pero jamás, jamás transigirían con *él* (no le nombraban, no querían saber su nombre); era imposible toda concordia con semejan te pillo: antes morir que admitirle al trato de una familia honrada. Para que Virginia pudiese tornar junto á sus padres y éstos devolverle su cariño, era menester que el hombre maldito desapareciese, bien por acto de la ley, bien por consentimiento propio, retirándose á un punto lejano, más *allá* de los antípodas. Dispuestos es taban á subvencionar con fuerte suma la fuga del mil veces maldito ladrón, si és te consentía en. . . Beramendi no les dejó concluir. Virginia deseaba la paz con sus padres; pero por encima de esta paz y de todas las paces del mundo, estaba la inefable compañía del hombre que amaba. No había, pues, avenencia si don Serafín y doña Encarnación no se quitaban algunos moños más... Protestaron los señores: bastantes moños habían arrancado ya de sus venerables cabezas; bastan te ignominia soportaban.. . no podían ir más allá.

Rechazado con esta ruda intransigencia, el sitiador se propuso emplear nuevos y más eficaces ingenios de guerra que abatieran la rígida entereza socobiana. Confiado en el tiempo, dejó pasar días esperando las oca-

siones favorables que en el curso del verano seguramente se presentarían. El verano del 58 fué alegre, por los chorros de alegría que la subida de la Unión derramó sobre el país reseco. O'Donnell vencía con sólo su nombre y los nombres de los que iban tras él. Creyérase que por la superficie social corría una ola de frescura, de juventud. La limpieza y gallardía de tantos jóvenes, ó viejos rejuvenecidos, que subían á oficiar en los altares de la patria con vestiduras nuevas, infundían confianza y evocaban imágenes de bienestar futuro. Anticipaban ó descontaban algunos las bienandanzas del porvenir, procurándose corto número de comodidades á cuenta de las muchas que habían de traer los próximos años, y adoptaban el mediano vivir á cuenta del vivir en grande que los horóscopos para todos anunciaban. Fuerza es reconocer que con esta prematura expansión de la vida, obra de los risueños programas de la Unión, se resquebrajó más el ya vetusto edificio de la moral privada, reflejo de la pública. Cundían los ejemplos y casos de irregularidades domésticas y matrimoniales, y se relajaba gradualmente aquel rigor con que la opinión juzgaba el escandaloso lujo de las guapas mujeres que eran gala y recreo de los ricos. Descollaba entre éstas Teresa Villaescusa, que en Octubre tino de Andalucía *contratada* por un rico ganadero de aquel país, tan opulente como sencillo, facha un si es no estereotipo de franqueza campechana; obsequiosa

con todo el mundo, con las hembras galante, según el viejo estilo español, que ordena la frase hiperbólica y el rendimiento sin medida. El hombre quería darse lustre en Madrid, cosa no difícil trayendo dinero fresco: era gran caballista, gran bebedor si se ofrecía, cuentista gracioso, y, en fin, se llamaba Risueño, que es lo mejor que podía llamarse un hombre de sus circunstancias y condiciones.

Caballos bonitos de casta andaluza, rivales en arrogancia de los que inmortalizó Fidias en el friso del Partenón, ostentaba en paseos, calles y picaderos; pero ninguno de sus bellos animales, enjaezados á lo príncipe, igualaba en arrogancia y primor á Teresa, que por entonces apareció en la culminante esplendidez de su hermosura, vestida, para mayor pasmo de los que la veían, con una elegancia tan selecta, tan suya, que difícilmente la superarían las señoras más encopetadas. ¡Vaya con la niña, y que bien se le había pegado París, en el año que allí tuvo su residencia! Pues viéndola tan reguapa que á los mismos guardacanes enamoraba, y tan bien trajeadita que era el primer figurín de la Villa y Corte, todos decían: ***esa es la de Salamanca, ó el número uno de las de Salamanca***, error que se explicaba por no ser Risueño bastante conocido en Madrid. En aquel tiempo, el vulgo señalaba como de Salamanca todo lo superior: las poderosas empresas mercantiles, los cuadros selectos y las estatuas, las

mujeres hermosas, los libros raros y curiosos... Homenaje era éste que tributaba la opinión á uno de los españoles más grandes del siglo XIX.

Aunque parezca disonante pregonar las virtudes de personas sobre quienes recae la maldición pública, la verdad obliga al historiador á decir que tanto como escandalosa, era Teresa caritativa. Tenía medios abundantes de ejercer la liberalidad; su mano no era una hucha, sino ánfora ó tonel construído por el mismo que hizo el de las Danaides. Lo que entraba por un lado, no tardaba en salir por otro. Enterada de la miseria en que estaban los Centuriones, les mandó por Manolita lo necesario para vivir, y á su madre encargó que les pusiera en libertad toda la ropa que empeñada tenían.. Los dos gabanes de don Mariano, la capa, un pantalón gris perla que lucía en las grandes solemnidades, las mantillas y el traje de seda de doña Celia, salieron del cautiverio. Al principio de su desdicha, repugnaban al buen señor las larguezas y protección de Teresita; pero el rigor mismo del infortunio le hizo bajar la cresta. Estábamos en tiempos de tolerancia, de transacción, pues la Unión Liberal ¿qué era más que el triunfo de la relación y de la oportunidad sobre la rigidez de los principios abstractos? Se transigía en todo; se aceptaba un mal relativo por evitar el mal absoluto, y la moral, el honor y hasta los dogmas, sucumbían á la epidemia reinante, al *aire de flexibilidad*

que infestaba todo el ambiente. Después de remediar á sus tíos, fué la buena moza á visitarles: doña Celia la recibió con lágrimas; don Mariano temblaba y sentía frío en el espinazo oyendo decir á Teresa: "Ya que nadie quiere colocarle á usted, le colocaré yo, tío; yo, yo misma. Entrará usted en la Unión Liberal, cosa muy buena según dicen, y que hará feliz á España librándola del peor mal que sufre, ó sea la pobreza. Créalo usted, don Mariano: todos los Gobiernos son peores si no dan curso al dinero para que corra de mano en mano. El Gobierno que á todos dé medios de comer, será el mejor... Lo que yo digo: desamortizar; coger lo que aquí sobra para ponerlo donde falta... igualar... que todos vivan... ¿Es esto un disparate?... Puede que lo sea por ser mío... En fin, adiós; ánimo, que ya vendrá la buena. "

De allí se fué á casa de Leovigildo Rodríguez, donde hizo de las suyas, vistiendo las desnudas carnes de tanto chiquillo, y proveyendo á su alimentación, pues daba lástima ver sus lindas caras macilentas y sus ojos sin brillo. Mercedes no se hartaba de bendecir á su bienhechora, prodigándole los elogios que á su parecer debían halagarla más, los de su belleza y elegancia. Leovigildo, que no tenía escrúpulos, y transigía, no con el mal relativo, sino hasta con el absoluto, le dijo: "¡Por Dios, Teresa! colóqueme usted, que bien podrá hacerlo... y á usted le sobran relaciones.. No tiene más que decir:

«esto quiero,, para que todos, de O'Donnell para abajo, se despepiten por medir su boca y darle cuanto pida.,»

En una de las visitas que hizo la Villaescusa á la morada de Leovigildo, que entonces vivía en un piso alto de la calle de Ministriles, supo que en los desvanes de la misma casa se moría de hambre una familia. ¡Morirse de hambre! Esto se dice; pero rara vez existe en la realidad. Subió la guapa mujer y á sus ojos se ofreció un cuadro de desolación que por un rato la tuvo suspensa y angustiada. So había visto nunca cosa semejante: mil veces oyó referir casos de la extremada miseria que en los rincones de Madrid existe. Pero la evidencia que delante tenía, superaba en horror á todos los cuentos y relaciones. Una mujer de mediana edad, apenas vestida, yacía entre pedazos de estera y jirones de mantas, sin alientos ni aun para llorar su desdicha; dos niñas como de ocho y diez años, la una sentadita en un taburete desvencijado, la otra de rodillas arrimada á la pared, se metían los puños en la boca, luego se restregaban con ellos los ojos, exhalando un plañidero quejido sin fin, como ruido de moscardones. Avanzó Teresa, venciendo su terror y repugnancia; la suciedad, la pestilencia ofendían la vista tanto como el olfato. Interrogó á la mujer, observando al verla de cerca que no era bien parecida; pronunció la mujer frases enrecortadas como las que emplean con artificios los que

podiosean en la calle; pero que de la boca de ella salían con el acento de la pura y terrible verdad. . . «¿No tienen ustedes ningún recurso? -dijo Teresa traspasada de aflicción.—¿En qué se ocupa usted?... ¿Es que no han comido hoy? ¿No hay ninguna persona caritativa en este barrio?», Respondió la infeliz mujer que personas buenas había, pero ya se habían cansado de socorrerla. . . No comían sino cuando les llevaba de comer otro desgraciado que con ellos vivía.

-Y ese desgraciado ¿dónde está?

-Aquí... Mírelo—dijo la medio muerta de hambre, señalando á un hombre que en aquel instante entraba. -Si *Tuste* nos trae, comemos; si no, lloramos.,»

El llamado *Tuste* permanecía junto á la puerta, respetuoso. En una mano tenía la gorra que acababa de quitarse, en otra dos lechugas manidas. «Usted, buen hombre. . . -dijo Teresa volviendo sus miradas hacia el tal, y encarándose con la figura más desastrada y haraposa que podía imaginarse. -¿Trae algo que coma esta pobre gente? -Esto nada más, señora -replicó *Tuste* mostrando las dos lechugas. -Me las **handado** unas vendedoras en la plazuela de Lavapiés...

—¡Valiente porquería!—dijo Teresa, que gustando de mirarlo todo, por repugnante que fuese, examinó de pies á cabeza la fachada de *Tuste*, en quien se reunían los más tristes y desagradables aspectos de la miseria. Lo que servía de la camisa era la misma

suciedad; la chaqueta y calzones, prendas de ocasión que debieron ser viejísimas antes que él las usara, eran ya jirones de tela mal cosidos, llenos de agujeros y desgarraduras.. El calzado lo componían dos zapatos diferehtes: el derecho á medio uso; el izquierdo informe, retorcido, suelto de puntos . . Observado con rápida vista todo esto, miró Teresa el rostro, y espantada de la suciedad espesa que lo cubría, no pudo distinguir las líneas hermosas, ni la noble expresión que debajo de la inmunda costa se escondía. El cabello era una maraña en que no había entrado el peine desde la invención de este instrumento de limpieza. La mugre de toda la cara se hacía más densa metiéndose por los huecos de las orejas; en el cuello de la camisa se apelmazaba el sudor; la tela y la piel se confundían en su morbidez pegajosa. Desgarraduras de la camisa dejaban ver una parte del pecho menos sucia que lo demás, tirando á blanca.

Arrebató Teresa de las manos puercas de *Tuste* las dos lechugas; sacó de su bolsillo el poco dinero que le quedaba; dió una parte á la mujer, otra al hombre sucio, diciéndole: “Corra usted á la tienda y traiga lo más preciso para que coman hoy; traiga carbón, encienda lumbre..., Y á las niñas. acarició, y de ellas y de la que parecía su madre se despidió con estas afectuosas expresiones: “Vaya, no lloren más. Hoy es día de estar con ten tas, ¿verdad que sí? *Tuste* les traerá para que almuercen. En seguida

que aquí despache, le mandan á mi casa., les dejaré las señas en este papel... Pues que vaya corriendo, y por 61 recibirán un par de mantas. . ropa mía de desecho, y alguna golosina para estas criaturas. Vaya, adiós: alegrarse. Ya no se llora más.,

XXIV

Fué *Tuste* á casa de Teresa, y la criada le anunció de este modo: “Ahí está un pobre muy asqueroso: dice que la señorita le mandó venir. Si la señorita tiene que hablar con 61, echaré un poco de sahumero., Ya había escogido Teresa las ropas usadas que debía mandar á la calle de hlinistriles. Salió presurosa al recibimiento, donde la esperaba el más miserable de los hombres, quien al verla se inclinó respetuow, mudo, pues toda palabra le parecía insuficiente para expresar su gratitud. “Ha venido usted demasiado pronto-le dijo Teresa.- La ropa mía de desecho aquí está; lo demás, tengo que salir á comprarlo.

-Volveré cuando la señora me mande. *¿Qué tengo que hacer más que obedecer á la señora?., Esto dijo *Tuste*. La voz del pobre no era como su facha, sino una voz espléndida, de timbre sonoro, dulce, varonil. Así lo advirtió Teresa la segunda vez que la oía; en la primera no advirtió nada.

En aquel punto de apreciar la bella voz del sujeto, un ligero brote de curiosidad en él espíritu de Teresa la movió á formular esta pregunta: "¿Usted cómo se llama? ¿Su nombre de pila...?"

-Yo me llamo Juan. Mi apellido es Santiuste. La mala pronunciación de aquellas niñas me ha convertido en *Tuste*. Lo mismo da, señora. He venido tan á menos, que ya no me detengo á recoger ni las letras de mi nombre que se caen al suelo. „ Avivada con esto la curiosidad de Teresa, se acercó á él para verle mejor; apartóse al instante, y dijo: "Cuenteme usted: ¿qué familia es esa y cómo ha venido á tanta postración? Y usted, ¿qué relación tiene con esa familia?"

-Se lo contare en pocas palabras para no causar á la señora...

-Aguárdese un poco... Antes tiene que decirme por qué es usted tansucio...

- No lo soy, lo estoy... Permítame decirle que no debe juzgarme por lo que ve. Dentro de estas apariencias inmundas hay otra persona. De algún tiempo acá vivo, si esto es vivir, como si me hubiera entregado á la tierra para que me descomponga. Mis desgracias me han inspirado el horror del aseo. Abandonado de todo el mundo, sin nadie que me socorra, el tener una facha desagradable ha sido para mí como un desquite, como una venganza... ¿Quería usted que saliera á pedir limosna vestido y peinado como un señorito? Nadie me hubiera hecho caso. ¡La miseria! Quien no conoce la mise-

ria, quien no ha vivido en ella, quien no se ha revolcado en ella, no puede apreciar el goce de ser repugnante. . . "

La curiosidad de Teresa, con cada uno de los extraños dichos del sucio se avivaba. Quería saber más. Tuste le ofreció un resumen de su infortunada existencia. Nació en la Habana, de padre burgalés y madre andaluza; dos años tenía cuando le trajeron á la Península; pasó su niñez en Alicante, donde quedó huérfano; recogieronle unas tías residentes en Chiclana; allí corrió su adolescencia, allí estudió todo lo que estudiarse podía en un pueblo de escasa cultura; casi hombre, le llevaron á Cádiz, donde siguió estudiando y adquirió ardiente afición á la lectura; hombre ya, y no cabiendo en aquella ciudad su espíritu ambicioso, se vino á Madrid, solo, con escasísimo dinero que le dieron sus tías. Estas habían empobrecido, y él no quiso serles gravoso... A la mitad del camino se quedó sin blanca y tuvo que continuar á pie. En Madrid buscó el amparo de un pariente de su madre á quien las tías le recomendaron: era un impresor llamado Quintana, que le acogió muy bien, ocupándole en su establecimiento como corrector; le daba de comer, le vestía pobremente, porque no podía más, y le matriculó en la Universidad para que estudiara las dos Facultades de Derecho y Filosofía y Letras. Trabajaba Juan y leía con insaciable anhelo cuanto libro caía en sus manos, que no eran pocos. Tres años cursó en la

Universidad, donde hizo amistades con chicos aplicados y con otros que no lo eran. El 56 murió el bueno de Quintana de un repen tino mal del corazón, y esta desgracia fué como el prelude de las innumerables que estaban aguardando al pobre Juan para devorarle y consumirle... Ya no hubo para él un día de reposo, ni una hora que no le trajera inquietudes y fatigas. Trató de buscar algún recurso con su trabajo; pero difícilmente allegar podía un pedazo de pan. En diferentes periódicos solicitó colocación; en algunos escribía de materias diferentes: Política extranjera, Toros, Literatura, Música, Salones, Hacienda... No le feían ni le pagaban. Escribió después aleluyas, compuso versos para novenas... Todo resultaba trabajo perdido, infecundo. Aunque ya no iba á la Universidad porque no tenía ropa presentable, solicitó de alguno de sus amigos estudiantes, y de otros que ya no lo eran, apoyo y recomendación para obtener algún destino. Nada consiguió: ni moderados ni progresistas le hacían maldito caso. Trató de meterse á hortera; pretendió plaza en una Sacramental; se arrimó á un memorialista. Nada: no había manera de luchar contra el hambre y la muerte. De patrona en patrona iba rodando por Madrid, tolerado en algunas casas, rechazado en otras por su irremediable insolvencia, hasta que fué á poder de la más infeliz de las pupileras, Jerónima Sánchez, que tenía su hospedería en la calle de Mesón de Paredes. Era el marido de esta

señora un incorregible borrachín que espanataba á los huéspedes con sus groserías y malas palabras. La casa iba de mal en peor... Desertaron los demás pupilos, dos chicos de Veterinaria y uno de Medicina; sólo quedó Juan, que por entonces pudo allegar algunos cuartos llevando las cuentas en una tienda de patatas y huevos, y en un establecimiento de ataúdes y mortajas. Así las cosas, en Marzo del año mismo en que esto refería Santiuste, reventó Cuevas, el bebedor esposo de la patrona, muerte que fué como incendio del alcohol que llevaba en sus entrañas, y Jerónima, descansada ya de aquella cruz, tomó otra casa; puso papeles llamando huéspedes, y éstos no picaban. Perdió Juan su colocación miserable en los dos establecimientos referidos; pero Jerónima no le despidió, esperando mejor suerte para el desamparado joven. La suerte ¡ay! no vino para él ni para ella, porque Juan cayó enfermo de calenturas y estuvo á la muerte, siendo tan desgraciado que hasta la muerte le despreció y no quiso llevársele... y la pobre Jerónima, cuando él iba saliendo adelante, resbaló en la cocina (encharcada del agua de jabón que rebosaba de la artesa), y cayendo torcida y en mala disposición, se rompió una pierna por bajo de la rodilla... Era Juan agradecido, y no abandonó á la que á él le había tan noblemente amparado. Reunidas quedaron desde entonces ambas desdichas, y recíprocamente se apoyaron, corriendo juntos el temporal. La rotura de

pierna de Jerónima excluía todo trabajo patronil. Se acabaron los recursos, y empezó el rápido descender de escalón en escalón hasta la miseria lacerante y angustiada. Por diferentes casas pasaron, y de una en otra iban llevando su mala sombra, su pavoroso sino; siempre á peor, á peor: cada día más desnudos, cada día más hambrientos, hasta llegar al horrible extremo en que les vió y descubrió la señora. Cuando ya les faltaba poco para morir, se les apareció un ángel que les dijo de parte de Dios: "Vivid, pobres criaturas, que también para vosotros existo.

-Haga usted el favor, señor Santiuste-dijo Teresa, que con algo de broma quería disimular su emoción,-de no llamarme á mí ángel, pues no lo soy ni por pienso, y pareceme que se burla usted de mí... Pero dejemos eso, que es tarde y tengo que salir de tiendas. Lleve usted ahora esta ropa para Jerónima; también le van medias y un par de zapatos de mi madre, que tiene el pie mucho mayor que el mío. . . No vuelva usted hoy por lo demás, sino mañana, que así tendré yo más tiempo de reunir lo que quiero mandarles. . . Vamos, que algo habrá para usted también, grandísimo Adán. "

Alelado de gratitud y admiración, Santiuste no dijo nada. Teresa prosiguió así, más burlona que compasiva: "¿Pero por pobre que esté un hombre, Señor, ha de faltarle un real para cortarse esas greñas?... y en ultimo caso, buscar un barbero caritativo, que ya los habrá. Felisa, trae un peine

tuyo... Empecemos desde hoy á desenmascarar este esperpento. Cuidado que es usted horroroso. . . Ea, tome el peine, y métele en ese bosque. . . " Después de besar el peine, Juan lo guardó entre el pecho y la camisa, único bolsillo practicable en su astrosa vestimenta. . . Y partió balbuciendo expresiones de exquisita ternura, que ama y criada apenas entendieron. Creían que lloraba... ¡y ellas le compadecían riendo, pobres mujeres que no conocían mas que la superficie del mal humano!

Volvió puntual Santiuste á la mañana siguiente, y al salir Teresa al recibimiento, se maravilló de ver extraordinaria transformación en la cabeza y rostro del infeliz hombre. Se había lavado la cara, pescuezo y manos, sin duda con muchísimas aguas y con fuertes restregones, porque no quedaba ni el más leve rastro de la suciedad que le desfiguró. Era como una resurrección. De las tinieblas salía una cabeza admirable, un rostro hermoso, grave, tan escaso de barba y bigote, que con un ligero pase de navajas quedaba limpio; salía también la juventud. De asombro en asombro con tales descubrimientos, Teresa decía: "A mí no me engaña usted, señor Tuste. No es usted el de ayer, sino otro... ó el mismo con distinta cabeza... Hoy trae la cabeza joven y la boca joven, y joven toda la carátula. . . que me parece viene también afeitadita.

-Sí, señora-replicó Juan con infantil orgullo, confundido por los elogios de la

hermosa mujer.—Del dinero que la señora dió á Jerónima, Jerónima apartó un real para que yo me afeitara. Ayer compramos jabón... El jabón es un ingrediente que no habíamos podido ver en mucho tiempo.

—¡Vaya, que no se ha lavoteado usted poco!... Xsí, así me gusta á mí la gente...—decía Teresa, acercandose á él con menos repugnancia que el día anterior. —Y otra cosa veo, que me deja atónita. ¡La camisa limpia! ¡Qué lujo! Bien, bien. La habrá lavado Jerónima.

—No, señora: la he lavado yo mismo, anoche... ¡qué noche, señora! No hemos dormido... las niñas tampoco han dormido. La aparición de usted en aquel mechinal indecente nos ha trastornado á todos. Ni Jerónima, ni las niñas, ni yo, acabábamos de convencernos de que la señora es persona humana... Todavía hoy... las niñas hablan de usted como de un sér sobrenatural... Es el hada de los cuentos de niños, ó el ángel de las leyendas cristianas.

—Vuelvo á decirle que á mí no me llame usted ángel ni hada...

—No es usted, no, como las demás personas-dijo Tuste, soltando poco á poco su timidez.—Bajo esa vestidura mortal se esconde un sér que tiene por morada la inmensidad de los cielos, un sér que en su aliento nos trae el propio hálito del Padre de toda criatura...

—¡Ay, ay, ay! cálese por Dios. ¿Pero es usted también poeta?

—No señora: cuando Dios quiso, yo no escribía versos, sino prosa.

—Prosa con la cara sucia, versos con la cara limpia... No me haga reír... ¿Pero usted cree que se puede ser poeta ni prosista con esas botas? ¿No le da vergüenza de andar por el mundo con calzado tan indecente?

—Antes de que la señora se nos apareciera, me daba vergüenza de acicalarme: la fealdad y el desaseo eran la mueca con que yo hacía burla del mando que me abandonaba. Ahora, deslumbrado por el ángel de luz... perdone usted... por la divina mensajera del Dios de piedad... es todo lo contrario... Me avergüenza mi facha repugnante, y toda el agua del mundo me parece poca para mi limpieza, y cien Jordanes no me bastarían para purificarme.

—¡Ya escampa!... Basta de poesía, y venga, véngase á la prosa-dijo Teresa, conduciéndole con Felisa á una estancia inmediata, el despacho de la casa convertido en guardarropa. —Pase y verá lo que tiene usted que llevarse. Irá cargadito como un burro; pero ¿qué le importa?... Mire, mire: un trajecito para cada niña... camisas, delantalitos, medias y zapatos.. Para usted dos mudas completas de ropa interior... La exterior quedará para más adelante, que no se puede todo de una vez... ¿Qué le parece todo esto? Y dos cajas de galletas finas para las chiquillas... para Jerónima un refajo... para todos dos mantas... ¿Qué dice?... Eche, eche poesía...

-Si pudiera traer á mi mente la inspiración de Homero-dijo Tuste con arrobamiento no afectado,-expresaría una parte no más de la gratitud que debemos á nuestra bienhechora. Nuestra bienhechora reúne en sí toda la belleza de las divinidades paganas y toda la esencia sublime de la Ley-evangélica.

-Pues pagana-y evangélica, ¿sabe usted lo que se me ocurre? Pues que le voy á obsequiar con unas botas... Usted mismo se las comprará. Aquí tiene cuatro napoleones... Ha de prometerme que no empleará este dinero en otra cosa. . .

-Si yo contraviniera las órdenes de nuestra deidad tutelar, merecería la muerte; algo peor que la muerte, el desprecio de la señora. . .

-No se remonte tanto y tome los napoleones. . . ¿Esa costumbre de besar las monedas, la adquirió usted cuando pedía limosna?

-Beso el metal que ha sido tocado por la mano caritativa. La caridad, hija del cielo, es la cadena de oro que une al Criador con la criatura.

-Bueno, bueno. Usted siempre tan poético... Por unas tristes botas baratas que le regalo, saca á relucir á Dios y á los santos. . . ¿Dónde ha aprendido usted, Juanito, á expresarse de esa manera tan superfirolítica?

-Se lo explicaré si tiene paciencia para oírme un rato.

-Sí que le escucho. Siéntese en ese banco... A ver... ¿Cómo...?

-Pues este lenguaje mío es el reflejo del espíritu de la elocuencia sobre mi pobre espíritu. Tres años há, el 55, estudiando yo en la Universidad, y reunido siempre con otros chicos, ávidos de saber y amantes de la literatura, me metía... nos metíamos en todo sitio público donde hubiera lectura de versos, explicación de doctrinas nuevas ó viejas, discursos... Un día caímos én el teatro de Oriente... gran fiesta de la inteligencia... concurso de oradores para cantar la Democracia. ¡Qué día, señora! Lo tengo por el más memorable de mi vida; día solemne, día grande, porque en 61 ví salir el sol de la elocuencia, el Verbo del siglo XIX, Emilio Castelar... Habían hablado no sé cuantos oradores, que nos parecieron bien... Y concluía la sesión, cuando pidió vez y palabra un joven regordete, tímido, á quien nadie conocía. El buen público, ya cansado de tanta oratoria, remuzgaba con murmullo de impaciencia, casi casi de burla... Pues, Señor, rompe á hablar el hombre, y á las primeras cláusulas ya cautivó la atención de la multitud... ¡Qué voz, qué gesto oratorio, qué afluencia, que elegancia gramatical, qué giro de la frase, qué aliento soberano, qué colosal riqueza de imágenes, encarnadas en las ideas, y las ideas en la palabra! El público estaba absorto: yo, embelesado, creía que no era un hombre 'el que hablaba, sino un mensajero del cielo, dotado de una voz que á ninguna voz humana se parecía. Avanzaba en la oración aquel hombre bendito, y el

público electrizado le seguía, sin poder seguirle; iba tras él cuando se remontaba á las cimas más altas de la elocuencia, y desde aquella altura caía deshecho en aplausos, quebrantado de tanta emoción... Yo estaba como loco; yo adoraba la Democracia, cantada por el-orador con la infinita salmodia de los ángeles, y cuando acabó, me sentí anonadado... me sentí grano de arena, que por un instante había estado en la cima de aquel monte... ¡y ya me encontraba otra vez en el llano!... ¡Castelar! Este nombre llenaba mi espíritu. Por muchos días siguieron retumbando en mi cerebro ideas, imágenes que le oí, y mi memoria reconstruyó trozos de aquella oración superior á cuanto han oído hasta hoy los hombres... Desde entonces, yo leía cuanto publicaba Castelar en los periódicos, y las reproducciones de sus discursos. Nunca le hable... Si le veía en la calle, iba tras él hasta que se me perdía de vista... era mi ídolo, y lo será siempre, porque si en los días de mi atroz miseria se me borraron del espíritu las cláusulas arrebatadoras que yo recordaba, y todo se me obscureció, como si mi asquerosa naturaleza no fuera digna de contener tales hermosuras, en cuanto la mano de la señora me sacó, de aquella inmundicia, volvieron á mi mente Castelar y su elocuencia sublime, y ya lo tengo otra vez en mí... Es mi sol, mi oxígeno, y el alma de mi alma.

— Cállese ya-dijo Teresa un poco sofocada de la emoción.— ¿Pues no me ha he-

cho llorar con esa cantinela? Vea, vea mis ojos... No me gusta llorar, no quiero afligirme por nada. En el mundo no estamos para eso..

Levan tóse San tius te, creyendo sin duda que permanecía demasiado tiempo en la visita, y recogiendo los líos y paquete que había de llevarse, soltó así la vena de su facundia: “Anoche, el contento de verme redimido, por esa divina mano, de la esclavitud de esta pobreza embrutecedora, hizo renacer en mi alma toda la poesía castelarina, soberano monumento oratorio de la Democracia triunfante, de la Libertad iluminada por la idea cristiana. Mientras lavaba y fregoteaba, primero mi rostro, después mi camisa, yo, como todo el que está muy alegre, cantaba y rezaba, que rezo y canto era todo lo que salía de mi boca... Recitaba con amor y fe aquel pasaje del advenimiento del Redentor: “El que había de venir, viene; el que había de llegar, llega; pero no viene ni en el seno de la sonrosada nube ni en ‘el de las estrellas, si no manso y humilde en el seno de la pobreza y de la desgracia. No viene acompañado de numeroso ejército, sino de su bendita palabra y de su eterno amor; no viene seguido de esclavos, sino ansioso de acabar con toda esclavitud; no viene blandiendo la espada del tirano, sino pronto á quebrantar todas las tiranías; no viene á levantar un pueblo sobre otro pueblo, ni una raza sobre los huesos de otra raza, sino á estrechar contra su pecho y á

bendecir con el infinito amor de su corazón todos los pueblos y todas las razas. . .”

-Basta, basta, Juanito-le dijo Teresa interrumpiéndole y casi echándole con un gesto.—¿No ve que se me saltan las lágrimas?. . . Retírese ya. . . ¡No quiero lágrimas, no las quiero, ea!... Adiós, adiós....,

Y el gran Tuste traspasó la puerta y descendió los pocos escalones que conducían al portal, cantando más que repitiendo con briosa voz el final de aquella sonora melopea: “Dios de paz y de amor, que después de haber extendido los inmensos cielos azules y haber derramado en los cielos, como una lluvia de luz, las estrellas, y haber hecho salir del oscuro seno del caos la tierra coronada de flores, ¡é! causa de toda vida, autor de toda existencia, se despoja de su vida, de su existencia, por la salud y la libertad de los hombres en el altar sublime del Calvario. . .”

XXV

Vivía Teresa en la calle del Amor de Dios, piso bajo. La casa era hermosa y desahogada, de al tos techos. Cuatro’ ven tan as con rejas le daban luz por la calle; por el interior, los huecos abiertos á un patio anchuroso y limpio. El día en que Tuste recibió los cuatro napoleones para unas botas, Teresa le dijo: “Quiero yo enterarme de que

usted no se gasta el dinero en otra cosa que el calzado. No venga usted á casa; pero pásese por la calle. . . yo estaré en la ventana. La mejor hora es por la tarde, de tres á cuatro.” Obediente y puntual, hizo el hombre su aparición, y al tercer recorrido por la acera de enfrente, vió á Felisa en la enrejada ventana A poco apareció Teresa, y ambas sonriendo le llamaron. Acercóse Juan, y oyó de labios de su bienhechora estas dulces palabras: “Bien, señor Tuste: así se portan los caballeros. ¡Y qué bien le van las botitas!... ¡Lástima que el traje no corresponda! . . . En fin, retírese ya, y diga usted á Jerónima que Csta, Felisa, le llevará el socorro para la semana., Saludó el hombre, y respetuoso se alejó con la cabeza baja, el andar lento.

Dos días después, asomada casualmente Teresa, le vió aparecer doblando la esquina de la calle de Santa María. Aguardó un poco, le llamó con gracioso gesto, y cuando le tuvo debajo de la reja, le dijo: “Pobrecito, tu has salido hoy á pedir limosna. ¿Quieres que te eche dos cuartos?

—No vengo á pedir limosna, señora— respondió Juan doblando el pescuezo, como para mirar al cénit;—vengo porque no hay día que no pase yo por esta calle. . . Esta calle es mi religión.

-No te entiendo, bobito, -dijo Teresa, sin darse cuenta de que por primera vez le tuteaba.

-Me entiendo yo.

-Te echaré los dos cuartos, para que no se te olvide que eres pobre. Aguárdate un instante, que no tengo aquí calderilla..

Volvió al poco rato, y sacando la mano fuera de la reja en ademán de arrojar algo, dijo al que parecía mendigo bien calzado: "Pon tu gorra más acá... á plomo de mi mano... no se caigan los dos cuartos á la calle."

Puso Tuste la gorra como se le mandaba; tomó bien la puntería Teresa, y la moneda cayó dentro de aquel casquete asqueroso de forma indefinible... Brilló en el aire la moneda, y antes de que cayera vió San tiuste que era un doblón de á cuatro. No pudo hacer ninguna observación, porque Teresa desapareció de la reja cerrando los cristales. Minutos después, sonaba la campanilla de la puerta; abrió Felisa, y se encaró con el pobre, que le dijo: "Quiero ver á la señora para devolverle una cosa que se le ha caído á la calle.. No había concluído la frase, cuando apareció Teresa en el recibimiento, risueña, y replicó al joven con esta graciosa burla: "Es verdad: me equivoqué. Éché oro en vez de cobre. Venga mi monedita... Gracias... Eres un mendigo honrado... Dios te lo premie.

—Es que-murmuró Juan - me dió vergüenza de... de eso, de que el oro fuese para mí. Bastante ha hecho la señora por este infeliz... Si yo abusara sería un malvado; empañaría el resplandor de la bendita caridad, hija del Cielo, con el aliento de mi

egoísmo... La caridad obliga al que la recibe á ser tan bueno como el que la hace.

-Echa más poesía, hijo...

-Esto no es poesía... es mi corazón, que habla con el lenguaje de su delicadeza, de su gratitud..

-Pues has de saber que yo soy muy prosáica, Juan, y no gusto de verte con esos andrajos tan... poéticos--dijo Teresa echando mano al bolsillo.-Mira, mira toda la calderilla que aquí tenía yo guardada para vestirte de prosa... ¿No has querido un doblón? Pues mira, cuenta: dos, tres, cuatro, cinco. Voy en tendiendo que te gusta ser muy cochino, muy zarrapastroso y muy nauseabundo, para que te tengamos lástima... Yo te pregunto: si así te viese tu ídolo Castelar, ¿qué diría?... Ves tu ropa como una vestidura poética, que te hace muy interesante... Te las das de anacoreta ó de santo. Pues esos moños te los voy yo á quitar."

Atónito, asaltado de diferentes emociones, Santiuste no sabía si reír ó llorar. Mayor fué su turbación cuando oyó estas palabras de Teresa: "Coges ahora mismo estos doblones; vas á una tienda de ropas hechas de la calle de la Cruz ó de cualquier calle, y te compras un terno, pantalón, chaqueta, chaleco, todo modestito; no vayas á creerte de la Unión Liberal y á vestirte á lo grande... Añades corbata... añades un sombrero, mejor gorra... No es tiempo todavía de que te emperifolles demasiado. Con que..."

No hizo ademán de tomar las monedas.

Su inmovilidad era la de una estatua; su hermoso rostro, su mirar perdido revelaban los efectos de la fascinación de imágenes lejanas. Díjole Teresa que abandonara los espacios poéticos á que miraba y descendiese al mundo. Bajó Tuste, protestando de la nueva limosna con expresiones balbucientes; Teresa sacó las uñas, sacó su autoridad: "O me obedeces, Juanito, en todo lo que te mando, ó no vuelvas á mirar esta cara mía.. . Te digo que si tú me miras, yo doy un giro rápido á todo el cuerpo ¿ves?, para decirte sin palabras: "Quítate de mi vista, *democrático... poético* y castelareño.. . Vete con tus músicas á otra parte., Aplacados con esta amenaza los escrúpulos del hombre mísero, tomó el dinero, y con paso lento, con visajes de asombro y algún gesto que revelaba su esclava sumisión á la bienhechora traspasó la puerta. Antes de que Felisa cerrase tras él, volvió Juan presuroso diciendo: "Señora, señora, ¿cuando compre la ropa y me la ponga, he de pasar por aquí? ¿Quiere la señora verme?.. .

-No-dijo Teresa, -no es preciso. Ni vengas á casa, ni pases por la calle. Haz lo que te mando, Juan., Afirmaba él con la cabeza; salió suspirando.. .

Por aquellos días, que eran los que precedieron á las elecciones, el feliz poseedor de Teresita, Facundo Risueño, andaba muy metido en enredos electorales, pues como hombre de gran propiedad en una comarca de Andalucía y de no poca influencia, le

bailaban el agua don José Posada Herrera y el Marqués de Beramendi, candidato cunero, designado para representar en Cortes aquel distrito. Tras un sin fin de pláticas con el cunero y con el Ministro, dió gallardamente todo su apoyo el buen Risueño, ofreciendo que sin necesidad de trasladarse á Andalucía, y sólo con escribir cartas imperativas á diferentes personas de allá, se aseguraba la elección. Así lo hizo, y al hombre se le cansó la mano de tanto plumear, atarugando diariamente el correo con el farrago de su correspondencia. Por todo ello y por su activo proceder, estaba Fajardo muy agradecido al andaluz, y quedaron uno y otro enlazados en sincera amistad. Vivía Risueño con un hermano suyo, rico también., establecido aquí desde el año 50 en negocio de aceites. Llamamos vivir al tener allí un cuarto bien provisto y arreglado, en el cual rara vez dormía. Sus comidas eran siempre fuera de casa, bien en los colmados y fondas, 6 bien en casa de Teresita, que algunos días veía en torno de su mesa, con cierto tapadillo, á personajes políticos de viso, y á caballeros aristócratas, aficionados á caballos 6 á toros. La asiduidad de Facundo en la vivienda de su linda coima aflojó un poco en los días del trajín electoral; pero una vez llenas las urnas con el nombre de Beramendi, y proclamado su triunfo, restableció el andaluz la normalidad de sus costumbres. y el primer convite que organizó en casa de Teresa fué para obsequiar al nuevo diputa-

do y á otros amigos, auxiliares en la electoral batalla.

La novedad de aquel banquete fué que Teresa contó su aventura de caridad en la calle de Ministriles, y el descubrimiento que había hecho de un horripilante caso de la miseria humana. Cautivaban estas historias al buen Beramendi, que era muy amante del pueblo, y sabía, como -nadie, condolerse de sus desdichas. Dió á entender Teresa que si el *contratista* la dejaba explaryarse en sus aficiones benéficas, trataría de restaurar á los hambrientos de la calle de Ministriles en la situación ó estado que tuvieron antes de su desgracia; restablecería la casa de huéspedes, en la cual sería primer punto el hombre raro, el hombre poético, que hablaba como Castelar. Más vanidoso que caritativo, Facundo Risueño la autorizó, delante de los amigos, para que aplicase á socorrer al prójimo parte de la *guita* que él le daba para alfileres.

Así lo hizo Teresa, y apenas entrado Diciembre, tenía Jerónima su casa de pupilos en la calle de Juanelo, amuebladita con modestia y provista de todo; las niñas iban á un colegio, y el famoso Tuste hallábase en el pleno goce de un cuartito decente en la casa, y de algunas prendas de ropa para salir decorosamente en busca de colocación ó trabajo. De vez en cuando iba Teresa á contemplar su obra y á oír las alabanzas y bendiciones de los favorecidos. A Santiuste le encontraba como en éxtasis, mirándose en

su ropa, satisfecho y un tanto presumido; cuidándose el rostro y el pelo, que ya llevaba cortado y á la moda; esmerándose en el aseo y corrección de la persona. A su bienhechora mostraba un respeto que rayaba en devoción fanática. En la casa expresaba su culto con retóricas de un espiritualismo sutil, y declamaciones hiperbólicas, parafrásticas, imitadas del gran modelo de oratoria; en la calle, alguna vez que se encontraban casualmente, saliendo Teresa de la casa de Jerónima, no se atrevía el buen Tuste á darle convoy, temeroso de que la compañía de un hombre humildísimo mermara el decoro de tan gran señora; y á propósito de esto tuvieron en cierta ocasión unas palabras que merecen transcribirse.

“Déjate de pamplinas, Tuste-le dijo Teresa, entrando los dos en la Plaza del Progreso, —y no me llames á mí gran señora ni nada de eso, pues soy la menor cantidad de señora que se puede imaginar. O eres un inocente que no conoce el mundo, ó crees que yo me pago de nombres vanos y de palabras sin sentido.

-No será usted gran señora para los demás-dijo Tuste con efusión caballeresca; -para mí lo es, y yo hablo por mí, no por el mundo que me condenó á la miseria... y en la miseria estuve hasta que me sacó un ángel del Cielo.

-Pamplinas, vuelvo á decir, recomendote por milésima vez, pobre Tuste, que no seas pamplinoso, y que todas las farana-

llas bonitas que has aprendido de Castelar las guardes para pasar el rato. En la vida real, eso no sirve para nada. Yo no soy señora, aunque como las señoras me visto; yo, para decirlo de una vez, soy una mujer mala, una... que se ha dejado poner en la frente el letrero de mujer mala... Llevo ese letrero, que leen todos los que me conocen. . . No conviene que me vean contigo por la calle; pero no es 'porque yo me avergüence de tí, ni porque tu compañía me deshonre, sino porque en mi condición de mujer mala, si me ven contigo creerán lo que no es... El hombre con quien ahora estoy, Facundo, ya sabes. . . es bueno y no repara en que yo gaste lo que quiera... pero tiene la contra de que es algo celoso, y por cualquier cuento, por cualquier chismajo que le lleve un adúlón ó un mal intencionado, se pone insufrible... Con que... da media vuelta, Tustito, y déjame sola... Las señoras de mi *categoría* van mejor solas que bien acompañadas. Abur. „

Esto pasó y esto se dijeron. Santiuste buscaba la soledad para dar libre rienda á su espiritualismo vaporoso; Teresa, si no podía recrearse en la meditación solitaria, dejaba libre el pensamiento en las ocasiones en que era más esclava, y hablando con éste y con el otro se recogía en el sagrado de su alma para mirarse en ella... Dice la Historia psicológica que la guapa moza cay6 en grandes tristezas por aquellos días de Diciembre del 58; que sus esfuerzos para disimular las

murrias que la devoraban casi le costaron una enfermedad. En las fiestas de Navidad, el bullicio y alegría de la gente la mortificaban; las personas que á su lado veía constantemente, *el contratista* sobre todo, éranle odiosas. Para aislarse, exageró sus leves indisposiciones, quedándose en cama no pocos días. Risueño no abandonaba por acompañarla su sociedad de caballistas, ni el recreo de las innumerables amistades que endulzaban su existencia. Cuenta también la Historia íntima que una tarde que Facundo tenía gran cuchipanda con sus amigos en la Alameda de Osuna, Teresa se echó á la calle, de trapillo, y se fué á casa de Jerónima, donde le dijeron que Tuste no iba más que á comer y á dormir; que aún no había encontrado colocación; pero que en tanto, se había puesto á aprender el oficio de armero en el taller de un amigo. ¿Dónde? En las Vistillas. Allá se fu6 Teresa, movida de un irresistible anhelo de hablar con Tuste, de oírle sus poéticos disparates y de contarle ella sus intensísimas tristezas, que sin duda tenían por causa un error grande de la vida: el haber equivocado los caminos de la felicidad. No le había dado Jerónima, por ignorarla, la dirección exacta del taller donde Tuste trabajaba; pero ya lo encontraría preguntando, y al entrar en las Vistillas puso atención á los ruidos del barrio, esperando' escuchar el son vibrante de los martillos sobre el yunque, ó los chirridos de las limas raspando el metal. Nada de esto oyú.

Viendo al fin en una tienda negrura y aparatos de ferrería, pero ningún hombre que trabajase, interrogó á una mujer que sentada en la puerta estaba. "Sí, señora, es aquí: pero el maestro armero y el aprendiz no están; se han ido á la compostura de unas máquinas. Si quiere la señora saber cuándo vendrán, pregúntele á la maestra... ¿Ve aquella mujer que está sentadita en un sillar dando de mamar á su niño? Pues es la maestra."

Vió Teresa desde lejos á la mujer señalada: se distinguía de las otras dos, que en el mismo sillar se sentaban, por ser más joven y tener chiquillo en brazos. Fuése allí derecha. Al verla llegar, las tres se sobrecogieron y se levantaron, pues aunque Teresa iba vestida con la mayor sencillez, su aire señorial en nada se desmentía. A la urbanidad de las pobres mujeres correspondió la Villaescusa con amable sonrisa, mandándolas sentar; y poniendo su mano cariñosa en el hombro de la que amamantaba, le preguntó... La pregunta no llegó á ser formulada, porque Teresa quedó suspensa á la mitad de la frase; miró á la mujer, se apartó un poco, acercóse luego como si quisiera besarla... dudó... volvió á creer... al fin no había duda... "¡Virginia!.. Usted es Virginia!"

-Sí, señora--dijo la otra, mirando y poniendo en su mirada toda la memoria, y usted es... Conozco la cara; la cara no se me escapa... pero el nombre...

-Soy Teresa Villaescusa ¿No se acuerda

usted? Erarnos amigas... de esto hace algunos años... No digo que tuviéramos gran intimidad; pero nos conocíamos... nos hablabamos:..

-Sí, sí... Era usted más joven que nosotras... me acuerdo bien... ¡Oh, Teresa! era usted entonces muy linda, y hoy... hoy más. ¿Quiere usted que subamos á mi casa?... Es una pobre casa..

-No importa: vamos."

XXVI

En el templo más hermoso y venerado no entraría Teresa con más respeto que entró en la humilde casa de Virginia. Desnudas paredes vió, muebles viejos en buen uso, cama, cómoda, cuna, en todo una pobreza decorosamente conllevada, y un vivir modesto y sin afanes. Allí no había nada bello ni superfluo; nada tampoco que indicase la penuria angustiosa, la inquietud del día siguiente. La mano hacendosa se veía en todas partes, y cierta entonación alegre de las cosas, en conformidad con la claridad de la estancia.

Virginia, después de mostrar el chiquillo á Teresa, dormido ya, y de dársele á besar, se acostó en la cuna. En un sofá de Vitoria con colchoneta de percal encarnado, se sentaron las dos. El sol penetraba en el apo-

sentó, dando á los objetos vigoroso colorido. "Mi casa es pobre—fué lo primero que dijo Virginia; —¿pero verdad que es alegre, muy alegre?"

—Ya lo creo: más que la mía...—afirmó Teresa, espaciando su vista por todo.

—¿Cómo ha de ser este tabuco más alegre que su casa de usted... que será un palacio?"

—No, hija, no...—dijo, la señora echándose á reír.—No es palacio... ¡quíá!

—¿No tiene usted niños?"

—No... ,

La pregunta referente á los niños envolvía en el espíritu de Virginia la persuasión de que Teresa era casada. No podía ser de otro modo. Ninguna soltera sale sola, y toda señora de aquel empaque tenía forzosamente marido por la Iglesia. Debe decirse que las ideas de cada una frente á la otra eran totalmente distintas. Teresa conocía perfectamente la historia de *Mita y Ley*, y hasta los trabajos de Beramendi con los Sobios para negociar las paces. En cambio, Virginia no sabía nada de Teresa: entre la señorita que había visto y tratado en tiempos remotos en alguna reunión, y la señora que tenía delante, había un enorme vacío de conocimientos. Dígase también que Virginia, en su vida salvaje, y después en aquel vivir apartado del trato de personas de viso, había perdido toda la picardía mundana, quedándose en una ingenuidad enteramente pastoril. Con sencillez digna de la

Arcadia, preguntó á la otra si era Marquesa.

—¡Marquesa yo! No, hija mía.

—Dispéñeme: me he vuelto muy bruta. Lo he preguntado porque... Verá: alguna vez hablamos Pepe Fajardo y yo de la sociedad de mis tiempos de soltera. Yo le pregunto: "¿Y Fulana... y Zutana...?", Y él casi siempre me responde: "Es Marquesa... Xesulta que de poco tiempo acá todos los que tienen algún dinero son Marqueses, Condes ó algo así... Por eso yo pensé... Dispéñeme.

—Sí, hija mía: la pregunta es de lo más natural... Hay, en efecto, sin fin de títulos de nuevo cuño, unos con dinero, otros buscándolo...

—Marquesa ó no—dijo Virginia echando fuera toda su ingenuidad, —usted es de esas damas de la Beneficencia que vienen á estos barrios pobres á ver dónde hay miseria, para remediarla.

—Sí, soy benéfica—replicó Teresa confusa.—En otros barrios he socorrido yo á muchos pobres...

—Pues en éste los hay también. Yo podré decir á usted dónde encontraría grandes desdichas... ¡y qué desdichas!

—sí, sí... pero no he venido á eso..."

Al pronunciar esta frase, contúvose Teresa bruscamente, invadida de un sentimiento que participaba de la vergüenza y el temor. ¿Cómo decir que su presencia en aquel barrio y en aquella casa no tenía otro móvil que buscar á un hombre? ¡Ella, que despre-

criaba la moral corriente, como desprecia a gran artista las formas comunes del amaneramiento, sentíase cohibida, vergonzosa ante la pobre Virginia, que era sin duda la primera de las inmorales! Habíala tomado Virginia por gran señora. ¿Qué pensaría cuando la gran señora le dijese: "Vengo tras del aprendiz de armero que está en tu casa.,? Esta idea caldeó el rostro de Teresa, y la puso en gran turbación. De alguna manera tenía que justificar su visita. ¿Qué diría, Señor? Afortunadamente para Teresa, la desbordada ingenuidad de Virginia la sacó de tan embarazosa perplejidad, señalándole este camino: "Ahora recuerdo.. . Me dijo Pepe no hace muchos días que algunas señoras de la mejor sociedad se interesaban por mí en la cuestión que traemos ahora. mis padres y yo.. . Mis padres quieren tenerme á su lado; yo también lo deseo; pero exigen que sacrifique á.. .

-Ya sé... Esto y bien enterada... Y ese sacrificio es imposible- afirmó Teresa, gustosa del pie que le daba la otra para fundamentar racionalmente su visita.- En mí tiene usted una partidaria acérrima... Buena es la ley; pero cuídese mucho la ley, digo yo, de no pisotear los corazones.

-¡Ay.. . también yo digo eso!-exclamó Virginia suspirando fuerte. - Los corazones por encima de todo. . . No me engañaba el mío cuando la ví llegar á usted. Usted no me conocía. . . preguntaba por mí á las vecinas.. . quería informarse.. .

-Informarme, sí, Virginia. Yo he dicho á Pepe que dada la testarudez de los señores de Socobio, no hay más que una solución... Solución propiamente no es... Yo le indiqué á Beramendi, y convino en ello conmigo, que á falta de solución se arreglaría un. . . Ya no me acuerdo cómo se llama eso.. . Es un término en latín.. . *modus vivendi* . . 6 cosa tal...

En aquel momento, dos jilgueros apriisionados que formaban parte de la familia, y habían sido puestos al sol, jaula sobre jaula, en el batiante de uno de los balcones, rompieron á cantar con tal algarabía de trinos, que las mujeres tenían que alzar la voz para entenderse. Gustaba Teresa de aquella música, que cubría su propio acento, permitiéndole ser poco explícita en lo que hablaba. La idea del *modus vivendi* no era invención suya para salir del paso. Del asunto de Virginia se habló días antes en su casa, de sobremesa; pero no recordaba bien Teresa lo que Pepe Fajardo había dicho de la solución 6 arreglo provisional que pensaba proponer á los Socobios; mas obligada, por su equívoca situación en la visita, á manifestar algo concreto sobre aquel punto, apeló á su imaginación, y entre el estruendoso cantar de los pájaros, como otro pájaro que también cantaba, salió, á su parecer airosamente, por este registro: "El arreglo consiste en que sus padres le señalen á usted una cantidad para alimentos, que por el pronto debe ser corta, lo preciso y nada más. Irás

ustedes á vivir á casa del Marqués de Beramendi, en un pisito que tiene arriba, y que ahora está desocupado, pues la servidumbre, vive casi toda en el principal. La respetabilidad de la casa será el mejor ambiente para la reconciliación que deseamos. Allí podrán los señores de Socobio visitar á su hija, que ya parece que pierde gran parte de culpa poniéndose bajo el techo de los Empananes. Hay que ir poquito á poco, amiga mía. Al principio, recibirá usted la visita de sus padres cuando no esté Leoncio en casa... Será preciso para esto fijar horas determinadas. Los papás se volverán locos de alegría con el chiquillo, con su nieto... Le devolverán á usted su cariño, y así, día tras día... podrá llegar el de la completa benignidad de esos señores con toda la familia, con el propio Leoncio... „Dijo esto Teresa, y al concluir su inventada solución ó *modus vivendi*, vió que la obra era buena, y descansó como Dios después de haber hecho el mundo.

Oyó Virginia la donosa mentira, con intensa curiosidad primero, con arrobamiento y grande admiración al fin, y acogió la propuesta de Teresa como uno de esos maravillosos descubrimientos que después de conocidos nos asombran por su sencillez... „Pues sí que es un arreglo magnífico, una idea preciosa... —dijo cruzando las manos y descruzándolas luego para coger una de las de Teresa y besarla.—¿Y esto se le ha ocurrido á usted? Verdaderamente se interesa

por nosotros... ¡Y ha venido á enterarme del arreglo...! ¡Qué idea!... es la mejor, la única... ¿Lo sabe ya Pepe? ¿Se lo ha dicho usted á Pepe...?„

Teresa, creyendo que no podía menos de afirmar, afirmó ligeramente con la cabeza. Los pájaros cantaban ya con frenesí, alzando tanto sus agudas voces, que Teresa no habría podido hacerse entender si algo dijese. Así era mejor... En aquel momento el chiquillo remuzgó en su cuna. Acudió Virginia diciendo: „Estos diablos de pájaros me le han despertado con su música... Y creo yo que lo hacen adrede. El niño es su amiguito, se vuelve loco con ellos, y cuando se me duerme ellos le llaman, le dicen: „Ven, ven; rico; te estamos cantando, y no nos haces caso...„ Cogió en brazos al niño, que malhumorado se restregaba los ojos con los puños, y prosiguió hablándole así: „Te han despertado estos parlachines... Es que quieren charlar contigo, mi sol. Ven, ven, y diles tú cosas; diles cosas...„

Cogió Teresa el chiquillo, que no la extrañó; antes bien, se dejó zarandear por ella frente á los pájaros, desarrugando el tierno ceño, y con sus manos gordezuelas quería tocar las jaulas en que sus amiguitos trataban desaforadamente. Virginia, en tanto, mirando á su hijo en brazos de Teresa, y á ésta gozosa, apuntándole al niño lo que tenía que decir á los jilgueros en contestación á sus amantes clamores, entretuvo algunos segundos con este ingenuo monólogo: „Bue-

na señora es Teresa Villaescusa... Viene á verme y á contarme el arreglo que ha inventado... ¡Famosa idea!... Pero yo digo: Teresa Villaescusa, ¿quién es ahora? ¿Será la Navalcarazo, esa de quien tanto se habla? ¿Será la Cardeña, esa de quien también se habla mucho? No, no es ninguna de éstas, porque me ha dicho que no es Marquesa.. Será entonces mujer de algún banquero, sin título ni corona. ¿Y qué clase de amistad tiene con Pepe? ¡Oh, quién lo sabe!... ¡Vaya, que no saber yo con quien casó Teresita Villaescusa!... Me da en la nariz que es una de estas casadas ricas, á quienes Pepe corteja. . . porque es tremendo ese hombre.. El venir ella aquí á decirme lo que ha discurrido, revela dos cosas: un gran interés por mí, una confianza grande con Pepito.. „

El chiquillo, distraído un momento con los jilgueros, volvió los brazos y el rostro hacia su madre, poniendo en sus lindas facciones un mohín displicente. “Ahora pide teta- dijo Teresa. - Désela pronto.. que si no, se va á incomodar con usted y conmigo.

-Ven acá, sol.. Es de lo más malo que usted puede figurarse.. Mire, mire las carantoñas que me hace para que le dé lo que tan to le gusta.. ¡Si será pillo.. ! Me pasa la mano por la cara, me mete los deditos en la boca.. y luego, véale usted.. va derecho á sacar lo suyo. ¡Ah, ladrón...! „

En esto, ruidos que venían del piso bajo, voces confusas de personas y chocar de hierros, anunciaban que habían llegado el

maestro y el aprendiz. Al entenderlo así, sacó Teresa de su cacumen otra donosa invención, que debía cubrirle la retirada y permitirle realizar el propósito que la llevó á las Vistillas. “Yo me voy-dijo, afectando la inquietud de las graves ocupaciones olvidadas.-Esta casita humilde; usted, Virginia, y su niño precioso, me han encantado. . . El tiempo se me ha ido sin sentirlo.. Ya no puedo entretenerme más. Presénteme usted á Leoncio; quiero conocerle..

-Le llamaré, le mandaré que suba.,,

Antes que la maestra llamara, detúvola Teresa: “No, no. Le saludaré abajo, al salir. . . No le llame usted... El tendrá que hacer, y yo me voy corriendo, corriendito. . . ¡Dios mío, qué tarde! Pues ahora tengo que ir á la calle de la Solana, que ni siquiera sé dónde está.,, Dijo Virginia que Leoncio la acompañaría, y ella, con rápida visión de su plan estratégico: “No, hija.. Que venga conmigo el chiquillo, el aprendiz.

-No es chiquillo, es un hombre.

-Lo mismo da. Bastará con que me indique el camino.. „

Bajaron.. Leoncio y Juan, ambos en traje de mecánica, con blusa azul, las cabezas al aire, se quedaron como quien ve visiones ante la mujer que iluminó el taller con su hermosura. Presentó Virginia al que llamaba su marido, que invalidado por la cortedad no supo que decir, ni qué hacer con el cañón de escopeta que en la mano tenía: al fin lo dejó sobre el banco. Palideció el aprendiz

al ver la *celeste aparición*, y luego se puso muy colorado, permaneciendo en perfecta inmovilidad, tan mudo como las tenazas que en la mano tenía. . . Al fin vió Teresa cumplido su *estratégico* plan de retirada tal y como lo imaginara en rápida concepción. No había tenido poca suerte; que si se empeña Leoncio en acompañarla, de nada le hubiera valido su ingeniosa mentira. Cogió su manguito, despidióse afectuosamente del matrimonio libre ó liberal, llevándose al aprendiz para que en el laberinto de las *calles* la guiase. ¡No era ella *mal* laberinto! El aprendiz la siguió callado y respetuoso, y *Mita* y *Ley* quedáronse comentando la *visita*, que tenían por venturosa, sin poder discernir quién era, en la sociedad del 59, la que de soltera fué Teresita Villaescusa. Casada y rica debía de ser; Marquesa no; amiga de Beramendi sí.

Hasta que entró con su guía en la calle de los Santos, no rompió el silencio Teresa. Comprendiendo Tuste que su *deidad* tutelar quería hablarle á solas, la desvió hacia la calle de San Bernabé. Tomó Teresa un *tonillo* algo displicente para decirle: “Quiero saber por qué te has metido en este oficio de armero sin decirme una palabra. ¿Acaso no soy nadie para tí? ¿No merezco ya que me consultes todo lo que piensas?”

-Usted lo merece todo, Teresa-replicó Juan.-Pero ¿cómo había yo de consultar á mi bienhechora, si no la he visto en dos-semanas?

-Estuve enferma. Ni siquiera has tenido la atención de ir á preguntar por mí.

-Usted me prohibió que fuera á su casa y hasta que pasara por la calle.

-Es verdad; pero ya debiste comprender... En fin, Tuste, ¿por qué te has metido en ese oficio sin decirme nada?... Yo te hablé de conseguirte un destino.. . ¡Bonitas se te están poniendo las manos!.. .

-Pues yo.. .-balbució Tuste, no sabiendo cómo aplacar aquel enojo que no comprendía.-Verá usted.. . Pensé que de este modo sería más grato á la señora.. .”

Teresa se plantó en medio de la calle, y con súbita energía le echó sus dos manos á los hombros, diciéndole en un tono que lo mismo podía ser de reconvención que de súplica: “Juan, la última vez que te ví te mandé que no me llamases señora: yo no soy señora.. . soy una mujer y nada más que una mujer. Sigamos, y hablaremos andando.. . Suprime lo del señorío, vuelvo á decirte.. . Antes de que Tuste pudiera formular sus protestas de obediencia incondicional, volvió á plantarse Teresa, y con el mismo tono que revelaba la firmeza de su voluntad, le dijo: “Tuste, hasta me incomoda que me trates de usted.. . Es ridículo que hablemos tú y yo como se habla en las visitas. Tutéame.. .”

—¡Yo... Teresa!

-Que me tutees, digo.. . Yo lo quiero, y lo mando. „

XXVII

“Bueno —dijo Tuste, guiándola hacia Gílimón.— Al llamarte de *tú*, me entra en el alma una frescura deliciosa. . . que... No sé cómo expresarlo . . . Tratándote de *tú*, *soy* otro, crezco, me agiganto... Me siento capaz de las acciones más hermosas, *y* hasta me parece que mi inteligencia levanta el vuelo... Teresa, ¿qué ideal sublime se encarna en tí?

—Tuste, dime, dime esas cosas, aunque sean mentira, y bien sé que lo son. . . Antes me daba de *cara* la poesía: *y* ahora no.

—Pues *déjame* que te cuente cómo me metí en este aprendizaje sin consultar contigo. Pasados dos ó tres días desde la última vez que te ví, me encontré á Leoncio, que es amigo mío: le conocí cuando Jerónima tenía la casa en Mesón de Paredes... Me dijo: “Si quieres aprender el oficio de armero, yo te enseñaré.” Le respondí que lo pensaría... Pues aquella noche soñé contigo, Teresa, como todas las noches . . . Te me apareciste coronada de rosas, vestida de un blanco traje que relucía como plata, los pies con zapatos azules. . .

—Estaría bonita... .

—Alargaste un pie y me dijiste que te descalzara.. . así lo hice.

—**Pues eso** podía significar que aprendieras el oficio de zapatero.

—No, porque andando descalza en derredor de mí, me dijiste: “Ve te con tu amigo y que te enseñe á construir las bonitas armas... armas con que matar á los egoístas, á los perversos ..” Teresa, me puedes creer que ví y oí todo esto como si fuera la misma realidad . . . Al siguiente día tuvo tal fuerza en mí la idea de ponerme á trabajar con Leoncio, que no vacilé un momento más Tú me lo dijiste, me lo mandaste Yo te veía como **te** estoy viendo ahora, puedes creerlo...

—¿**Y** en las noches siguientes no me viste también?

—Sí... venías **á** mi lado, tal como estás ahora.. . Yo callaba; tú me decías: “**Juan**, abandona la idea de seguir estudiando Filosofía *y* otras garambainas que nunca te sacarán de pobre. No-pienses en destinos del Gobierno, que no son más que pan para hoy y hambre para mañana.. . **Métete** en el comercio; compra *y* vende patatas, fruta, madera, cal, huevos, cualquier cosa; aprende un oficio; ponte **á** hacer cosas, **á** fabricar algo, jabón, ladrillos, clavos, peines, velas, relojes ó demonios coronados.. . el cuento es que ganes dinero.. .”

—¿**Eso** te decía? ¿**Pues** sabes que esas noches estaba yo muy **prosáica**, después de aquella otra noche en que me **llegué** á ti con zapatos azules?

—**Prosáica** estuviste, *y* yo, que siempre fuí rebelde al prosaísmo, me sentí tocado del

tuyo. ¿Por ventura, digo yo, tus consejos prosáicos no eran la quinta esencia de la poesía?

-Es fácil aue sí. Juan... Dime: ¿y cuando te aconsejaba que comerciaras ó aprendieras un oficio, cómo iba yo calzada?

-De ninguna manera, porque venías á mí con los pies desnudos.

-¡Ay, Juan! eres un soñador tremendo.. . Ten cuidado.. .

-¿Cómo no soñar estando á veces cerca de tí, á veces tan lejos como lo estoy de las estrellas? Teresa, si después de lo que te he dicho, encuentras mal que yo aprenda el oficio de armero, lo dejaré... Tú mandas.

-No, Juan, no: si hace un rato te reñí por esto, fué... qué sé yo.. Tenía yo ganas de pelearme contigo .. el motivo importaba poco.. . la cuestión era decirte cosas... que tú me las dijeras á mí.. . Ya no te riño por lo que has hecho. Déjate llevar de tu inspiración. Puede que esto sea el principio de una gran fortuna para tí. . . Juan, busca donde nos sentemos, que yo estoy tan cansada como si hubiera andado leguas... Allí veo una piedra grande que es como un banco.. Vamos allá.

-Vamos.. . siéntate.. . Estoy pensando una cosa: Leoncio y Virginia dirán que tardo mucho en llevarte á la calle de la Solana; ¿pero qué nos importa?

-Dices bien: ¿qué nos importa?... Has medido el tiempo que debías tardar en volver á tu taller, y en eso, Juan, demuestras

ser más prosáico que yo, que de tal cosa no me acordaba.

-Pero medí ese tiempo, Teresa, sin que se me diera cuidado de que fuera largo, Obedeciendo á mi corazón, yo entraría en casa de Leoncio diciendo: "Esa mujer es para mí más hermosa que los ángeles, más alta que las estrellas, y más benigna y generosa que la propia Caridad que Dios envió al mundo.. ."

-¡Ay, ay, ay, Juanito...! ¡Cómo se reirían de tí Leoncio y su mujer si entraras diciendo eso. . .! Esos disparates no debes decirlos más que á mí. Aun sabiendo lo mentirosos que son tus dichos, me gusta oírlos... Juan. Hoy es día de libertad, casi casi de embriaguez. Sigue, Juan, sigue; Las al mas cogen un día cualquiera y hacen en él su carnaval.

-No son mis dichos mentirosos, sino la verdad misma-afirmó Tuste fundiendo su mirada en la mirada de ella,-sino la misma verdad. Cosas y personas no son lo que ellas creen ser, sino lo que son en el alma del que las mira y las siente.

-Quiere decir eso que yo puedo ser para los demás lo que quieran; pero que para tí siempre seré como debo ser... No sé si lo entiendo bien, ni cómo se ha de explicar esto.

-Para mí, las denominaciones de señora y caballero son motes que éste y el otro gustan de ponerse en un juego social parecidos al de las cuatro esquinas.. . Yo no ponga

motés; no clavo tampoco letreros infamantes en la frente de ningún sér humano. Cristo me ha enseñado el perdón; la Democracia me ha enseñado la sencillez, la igualdad... Yo miro al alma, no miro á la ropa.»

Dicho esto por Tuste, ambos callaron. Había Teresa encontrado en el banco unas briznas secas, despojo de un árbol plantado no lejos de allí. El árbol, nada robusto y con su ramaje en completa desnudez, daba sombra al banco en estío; en invierno soltaba sobre él y sobre el suelo próximo los residuos muertos de su verdor pasado, para dar lugar á los nuevos brotes. Cogió Teresa dos, tres ó más de aquellas briznas y se las llevó á la boca: eran amargas, pero el amargor no la desagradaba. La pausa que hicieron Teresa y Juan en su diálogo fué larguísima: él, apoyando en las rodillas los codos, miraba al suelo; ella, teniéndole á su izquierda, volvió su rostro hacia el opuesto lado, y clavaba sus miradas en una larguísima y fea pared que como á veinte pasos se extendía, triste superficie con letreros pintados anunciando alguna industria, y otros escritos debajo con carbón por mano inexperta... Sobre aquellas letras y garabatos dejaba correr sus ojos Teresa sin ver nada, sin darse cuenta de lo que allí estaba escrito... El lugar ó fondo de la escena no podía ser más prosáico; el suelo era todo polvo. La pared escrita limitaba el espacio por esta parte; por aquella, á distancia de pedrada corta, una fila de casas pobrísimas... Como seres

-vivos, daban animación á tan feo lugar pe-
rros flacos, chiquillos sucios y mujeres des-
medradas.

De improviso volvió Teresa el rostro chocando su mirada con la de Tuste, y mordiéndolo los amargos palitos le dijo: "Según eso, Juan, podrás tú quererme á mí, sin llamarme ángel, ni diosa, ni nada de eso, queriéndome con todo lo que tengas en tu alma, sin acordarte para nada de lo que fui ni de lo que soy."

Abrumado Tuste por la gravedad de esta proposición, que le cogió algo desprevenido despertó en su alma un furioso tumulto, no tuvo arrestos para resistir la mirada de Teresa; bajó los ojos, y pasando el dedo por la superficie áspera y polvorosa del sillar en que se sentaban, iba soltando con lentitud la respuesta, como si anotara las palabras, ó si leyera lo que escribía. Fué así: "¡Quererte yo, Teresa! ¡Si desde que te ví y me socorríste, te estoy queriendo, más que con amor, con adoración! Yo no veo en tí señora, ni veo la que otros hombres llamaron ó llaman suya. Para mí, tú *no eres* de nadie, no puedes ser de nadie... Yo no he mirado á tu cuerpo tanto como á tu espíritu. ¿Por qué te he llamado ángel? Porque he visto en tí el corazón generoso, la frente noble, y las alas para subir á donde no subió ninguna mujer... Cuando supe tu pasado y la vida que hacías, lloré y rabié lo que no puedes figurarte... Pero luego mis ideas separaron tu espíritu de toda la broza material, y lim-

pia y purificada te guardé en el sagrario de mi corazón, donde te doy culto con el espíritu mío. ¡Que si te quiero, Teresa! El amor mío por tí es grande, como todo amor que ha nacido y crecido sin esperanza... El no esperar nada, aviva el fuego de amor. Si me despreciaras, te querría lo mismo. . . Queriéndome tú, lo mismo que si no me quisieras... ¡Vivir, amar, morir!.. . términos absolutos...

—¿Me amarás de veras?-dijo Teresa en lenguaje llano.—¿Como yo á tí?

—No me lo preguntes con palabras, sino con la imposición de algún sacrificio, ó sometiéndome á la prueba más terrible. ¿Que es preciso morir por tí? Dímelo, y verás qué pronto.. .”

Siempre que Tusté hablaba-este lenguaje de vaporosa espiritualidad, Teresa se conmovía y se le aguaban los ojos. Aun en los casos en que las declamaciones de su amigo la movían á risa, no dejaba de sentir emoción, y confundía la risa con el llanto. Aquella tarde hubo de extremar el esfuerzo de su voluntad para contener las lágrimas, “Oye, Juan-dijo después de una corta pausa:- vete á tu maestro y á tu maestra, díles... cuéntales esto. ¿Sabes cómo se nombran en la intimidad Leoncio y Virginia? *Mita y Ley*. Pues díles que te quiero y me quieres. **No se** asombrarán poco, y... ¡quién sabe! puede que no se asombren nada.

—Virginia y Leoncio se quieren y hacen de sus dos almas un alma sola.

—Pregúntales por su vida salvaje... que te cuenten cómo fueron á esa vida, y la felicidad que tuvieron en ella.

—No están unidos más que por la ley de sus corazones.

—Sus corazones fueron la ley... Pregúntales cómo han vivido, cómo han soportado las penas.. .”

El recuerdo de *Mita y Ley* determinó repentinamente en Teresa un estado de espíritu semejante al que tuvo en la entrevista con Virginia. Sintió vergüenza y miedo. ¿Qué pensaría Virginia si supiera que había sacado del taller con engaño al aprendiz para irse con él de bureo por las calles? Esto era incorrectísimo. ¿Por quién la tomaría Virginia, después de haberla tomado por señora y hasta por Marquesa? No, no podía soportar los juicios desfavorables de *Mita*... Veía en ella, ¡qué cosa tan rara! la cifra y compendio de la moralidad. La salvaje había venido á ser como una personificación de toda la virtud humana.

“Tusté—le dijo levantándose resueltamente, llena su alma de un sentimiento de pudor,—no quiero que *Mita y Ley* piensen mal de nosotros.. . No está bien que les engañemos. Dirán que para enseñarme dónde esta esa calle has empleado mucho tiempo.

—Sí: pensarán mal.. . y no quiero yo eso.

—Pues vete pronto, Juan, vete. Si te ríen por la tardanza, cuéntales la verdad... les dirás quién soy: ¡qué vergüenza!.. . Pero sí, deben saberlo.. . Anda, no tardes. Yo

también me entre tengo demasiado. Todavía no soy libre.

-Les diré la verdad, la verdad. Quizás, me conozcan en la cara que tú me quieres, y nada tendré que decir.

-Quizás, Juan.. ¿Y á mí me lo conocerán también en la cara? No: yo sé disimular.. Es preciso que nos separemos.

-Se separan nuestras personas, como dos sombras que han estado confundidas en una; pero tu espíritu y el mío permanecen juntos, juntos como un solo espíritu.

-Como un solo espíritu..

-Adiós. Déjame esas briznas que llevas en tu boca.

- Tómalas. Máscalas un poco, y las guardas luego.

-Son amargas. Toda la vida es amarga; pero contigo el amargor es dulzura. Teresa, déjame besar tu mano... Así. . . Déjame ahora que meta mi mano en tu manguito para que se me pegue el calor de las tuyas.

-Así.. . deja tu mano metida aquí un ratito, para que te lleves el calor. . . Vaya, no más.

-No más. Adiós.. .yo me voy por aquí..

-Yo por aquí.. .Adiós..

Desde lejos, embocando diferentes calles, uno y otra se pararon para saludarse.. Alzaba ella la mano en que tenía el manguito, él la suya sin nada. No llevaba bastón ni sombrero. Por fin cada calle se llevó lo suyo, y entre los dos aumentaba el oleaje de calles, de transeúntes..

Fué Teresa por todo el camino hasta su casa en completa abstracción de cuanto pudiera apreciar por los sentidos. Toda su compañía la llevaba dentro. Al llegar á su casa, ya de noche, la primera pregunta que hizo á Felisa fué: "¿Ha venido ese?..", Diciendo ese chocó con la realidad.. Se sentía fatigadísima; le dolían los pies de andar por calles empedradas con guijarros puntiagudos. Despojada de mantilla y zapatos, se tendió en un sofá, y á solas, recordando y pensando, su cerebro entró en blanda sedación. De la calle traía, para decirlo claro, una borrachera de espiritualidad. ¿Pero todo lo ocurrido en aquella tarde, la excursión á las Vistillas, la entrevista con Virginia, la conversación con Tuste, era verdad? ¿Estaba ella en su cabal sentido cuando dijo al aprendiz lo que aún recordaba, pues cada palabra suya, cada palabra de él, estampadas permanecían en su mente?... ¿No se había excedido un poco en el abandono de su voluntad, comprometiéndose á más de lo que debiera?.. En estos pensamientos se mecía y aun se adormecía, cuando un fuerte ruido de voces y de pisadas en la escalera le anunció que volvía Risueño con los expedicionarios-de la Alameda de Osuna. No sintió Teresa que Facundo viniese acompañado, trayendo á cenar á dos ó más amigos, pues cuando venía solo eran más difíciles de conllevar las brusquedades é imperpetinencias del *contratista*.

Entraron en la casa con alegre vocerío

Risueño y otro señor, luciendo el empaque andaluz de marsellés y calañés, y dos más en traje corriente de caballeros que van de campó. Estos eran el Marqués de Beramendi y José Luis Albareda, el más arrogante, salado y ceceoso de los señoritos andaluces que por entonces se abrían camino en la política. Dirigía *El Contemporáneo*, órgano de los conservadores que llamaban *de guante blanco*, los más atildados y conspicuos, chapados á la inglesa, que era *Za dernière* en punto á política y arte parlamentario.

Hubo Teresa de violentarse para sonreír á toda la cuadrilla, y disertar con ella de asuntos que no la interesaban. Allí se tuvieron hasta media noche, charlando, con tanto cuentos andaluces, consumiendo la manzanilla y otras bebidas de que tenía Risueño grande acopio en aquella casa. Resistieronse á cenar: tan repletos venían del comestraje en la Alameda; pero bebían, algunos moderadamente, otros empinando de lo lindo, sin embriagarse ó sólo poniéndose alegres y decidores. Risueño cogió la guitarra, y tras un prelude de ayes y jipidos lastimosos, se arrancó el hombre con playeras. So lo hacía mal: alguno le jaleaba con palmas; Beramendi tenía más sueño que ganas de música. Las doce serían cuando desfilaron dos, quedando solos Facundo y el compañero que, como él, traía ropa y sombrero al estilo de la tierra de María Santísima. Era un caballero joven á quien las aficiones á la jácara y á las cañitas no privaban de la

exquisita distinción en sociedad. A todo hacía, mostrando igual superioridad en ambos papeles; era el primero en las zambras andaluzas, el primero en la cortesanía que podremos llamar europea, terreno común de la civilización. Disputaron un rato Risueño y Manolo Tarfe (que tal era el nombre del caballero), sobre si braceaban los potros cordobeses mejor que los jerezanos ó viceversa; pero ello quedó en las primeras escaramuzas, porque Risueño fué bruscamente acometido de tan intensa modorra, que con media palabra entre los labios, dejó caer al suelo la guitarra, y su cuerpo se estiró en el sofá, convirtiéndose en plomo. Tarfe le llamó con fuertes gritos, como podría llamarle si se hubiera caído en un pozo... “¡Pobrecito!-dijo Teresa, gozosa de ver anular la personalidad de su *contratista*, -hay que dejarle dormir la manzanilla., Entre ella y Felisa le sacaron con no poca dificultad las botas... El marsellés no pudieron quitárselo, por la extraordinaria pesadumbre del cuerpo de Risueño.

Cogió en esto el caballero Tarfe su calañés para retirarse, y haciendo además de poner el gracioso sombrero andaluz en la cabeza de Teresita, le dijo: “Ahí te dejo con ese fardo... Mejor para tí que se haya convertido en lo que ves, en un saco de patatas...”

Solía tutear á Teresa, viéndola sola, por arranque nativo de su temperamento, y por expresar mejor sus atrevidas pretensiones.

Tiempo hacía que la enamoraba con disimulo, aprovechando toda buena coyuntura para convencerla de que debía entenderse con él, rescindiendo la contrata con Risueño. Pero Teresa, blasonando de virtud relativa, no daba oídos á la sugestión del caballero, y se mantenía leal á su compromiso. Sin esperanza de ser más afortunado aquel anoche, Tarfe, cuando Teresa salió á despedirle hasta la sala, dejando en el gabinete el inanimado cuerpo de Facundo, que más bien cadáver parecía, le soltó la milésima declaración y propuesta de amores. Echóse á reír la guapa moza; pero más benigna que otras veces, deslizó una frase de esperanza.

“Manolito, tenga paciencia.. .

—¿Te decides á despachar al fardo?

-Paciencia, Manolo.

-Dí una palabra... ¿Quieres que hablemos.. .?

-Sí: algo tengo que decir á usted.

—¿Dónde podríamos.. .? Teresa, no me engañes. Has dicho que tienes algo que decirme... Pues aquí mismo.. . Cuenta que Facundo es una pared.

-Las paredes oyen. . . Aquí no puede ser.

—¿Pues dónde, cuándo? ¿Me citarás?

—Sí: para ponerle á usted banderillas.

— No bromees. ¿Me citarás?. . .

-Que sí. . . Y basta. Tome el olivo pronto.

-Bueno: me voy. Pero quedamos en que me citas, Teresa.. .

-Para que hablemos. . .

-Eso, para que hablemos. ¡Si es lo que deseo: hablar contigo! Adiós, gracia del mundo. „

XXVIII

Se ignora el día, el mes no es seguro.. . Ello pudo ser en Febrero, en Marzo del 59, cuando en todo su apogeo lucía su espléndido plumaje nuevo la Unión Liberal, empujada por el gran O'Donnell. La indecisión de la fecha no quita valor histórico á la comida con que los Marqueses de Villares de Tajo obsequiaron á sus amigos. Estos eran cuatro: el Marqués de Beramendi, Manolo Tarfe, Nocedal, y el pomposo Riva Guisando, *la première fourchette de Madrid*. Asistían también á la comida don Serafín del Socobio y su hija Valeria; pero como el pobre señor estaba medio paralítico, no gustaba de sentarse á la mesa grande, temiendo el desagradable espectáculo que á los convidados daba con su torpeza para el manejo de cuchillo y tenedor. En una estancia próxima le habían puesto una mesita, donde Valeria le acompañaba, le partía la comida cuando era menester, y se la iba metiendo en la boca con tenedor ó cuchara.

Bromeaba Eufrosia graciosamente con Guisando, diciéndole que su patriotismo le ordenaba la proscripción de todo estilo francés en su cocina. Mal día le esperaba al gour-

met. Afirmaba Guisando que él era internacional, y que adoraba los buenos platos españoles condimentados *secundum artem*. Dejándose llevar de su galantería, llegó á decir que mantenidos en España los buenos principios gastronómicos de la raza, 61 sería el primer enemigo de la invasión, y pondría en todas las cocinas una copia en pastaflora del grupo de Daoiz y Velarde. Don Saturno del Socobio, que estaba ya casi lelo, no decía más que: "España es la primera nación del mundo por el valor y por la sobriedad. ¿Qué mayor gloria para un país que vivir sin comer? Los españoles han hecho en ayunas su brillante historia," Apoyó esto Necedal, diciendo que España no había cultivado nunca las artes que no eran espirituales, y que entre todas las filosofías había preferido el ascetismo, que resuelve de plano y sin quebraderos de cabeza la cuestión de subsistencias. La Economía Política que á la sazón estaba tan en boga, era desconocida de los españoles del gran siglo. . . La decadencia empezó cuando entraron las ideas económicas. . . La vida española. es, por naturaleza, vida de inspiración, vida de hazañas en la esfera humana, y de milagros en la esfera religiosa. . . Es España la cristalización del milagro: vivir sin trabajar, trabajar sin comer, comer sin arte y hacer una historia que así revela el poder de las voluntades como el vacío de los estómagos. . . Con estas paradojas á los comensales entretenía, y corroboraba su fama de decidor agudo.

Beramendi preguntaba si había noticia histórica de cómo se alimentaban el Cid, Nuño Rasura y Laín Calvo, y Guisando afirmó que estos caballeros no comían más que pan y sus derivados; migas 6 sopas de ajo, caza y cotufas, con lo que se podía componer un excelente *Timbale de perdreaux aux truffes*. . . Don Saturno; reiterando su patriotismo, sostuvo que la cocina francesa era una alquimia indecente y una botiquería repugnante, y Tarfe se declaró internacional como Guisando, preconizando la concordia y armonía entre los dos sistemas culinarios, tomando lo bueno de uno y otro para formar un excelente y superior; vamos, una verdadera Unión Liberal del comer.

¡Unión Liberal! Estas mágicas palabras levaron la conversación á la comidilla política, que era la más incitante y sabrosa.

"Tiene razón Tarfe—dijo Eufrasia. —¿Qué es la Unión Liberal mas que una mixtura de sistemas gastronómicos?"

—Trátase de un sistema político—apuntó Necedal, —que no tiene más que un dogma, ó si se quiere, tres dogmas: comer, comer, comer.

—Trátase, señor don Cándido Necedal—dijo Tarfe, el más convencido y frenético de los unionistas,—de traer á España la vida nueva y grande, la vida del progreso, de la cultura, y poner fin á la política sectaria y facciosa. "

Apoyado por Beramendi, hizo Manolo Tarfe el ardiente panegírico de la Unión y de

su creador y jefe don Leopoldo O'Donnell. Con ser profunda la fe del caballero en las excelencias del nuevo partido y en las venturas que al país traería, más que la fe en las ideas le alentaba su amor y respeto al Conde de Lucena y á toda su familia. Por el General tenía verdadera adoración; con tal vehemencia ponderaba su valor, su talento y su sencillez y bondad, que en el Casino solían llamarle *O'Donnell el Chico*. Provenía más bien este apodo de su estatura, harto menguada en comparación con la de su ídolo, y de su semejanza fisonómica con personas de la familia del General. Era rubio, de azules ojos, simpático, y de hablar expedito y donoso. Rico por su casa, Tarfe quería lucir en el terreno político, y no carecía de bien fundadas ambiciones. Ya era diputado, y con la protección de O'Donnell sería todo lo que quisiese. Su frivolidad y los hábitos de ocio elegante en los altos círculos, ó en los pasatiempos y deportes andaluces (pues esta doble naturaleza era en él característica), se iban corrigiendo con el trato de personas graves y con la constante proyección de la seriedad de O'Donnell sobre su espíritu. No era un derrochador como Aransis, ni había llegado al reposo y madurez de juicio del gran Beramendi. Algunos le tenían por *cuco*, y veían en sus jactanciosas actitudes, dentro de las dos naturalezas, un medio de hacerse hombre y de abrirse camino en la política.

Ameno y fácil hablador, *O'Donnell el Chi-*

co se disparaba en la conversación, estimulado por su propia facundia y por el agrado con que le oían. Decía la Villares de Tajo que no había caja de música más bonita y menos cansada que Manolo Tarfe, y siempre que á su mesa le tenía, dábale cuerda, variándole al propio tiempo la tocata. Todas las de *O'Donnell el Chico* iban á parar siempre á la exaltación y apoteosis de la Unión Liberal. Nocedal y don Saturno creyeron que Tarfe deliraba ó se ponía peneque cuando le oyeron decir: "Don Leopoldo es el primer revolucionario, porque al par de los derechos políticos para todos los españoles, trae los derechos alimenticios. Viene á destruir la mayor de las tiranías, que es la pobreza. Su política es la regeneración de los estómagos, de donde vendrá la regeneración de la raza. Sin buenos estómagos, no hay buenas voluntades ni cerebros firmes. De Mendizábal acá, nadie ha pensado en que España es un pobre riquísimo, un vejete haraposo, que debajo de las baldosas del tugurio en que vive tiene escondidos inmensos tesoros... Pues O'Donnell levantará las baldosas, sacará las ollas repletas de oro, y con ese oro, que es á más de riqueza talismán, le dará al vejete unos pases por todo el cuerpo, á manera de friegas, devolviéndole la juventud, la fuerza física y mental."

Tronó don Saturno contra esto; Eufrasia y Beramendi rieron; Nocedal, más desdeñoso que indignado, dijo que la figura podía pasar, pero que la idea era detestable y más ó-

nica. La palabra Desamortización corrió de boca en boca, y en la de Kiva Guisando provocó esta opinión excéptica: "Hágase la prueba... Sáquese del subsuelo un poco de pasta, dénselo las friegas al vejete... véase qué cara pone, y si le entusiasma la idea de recobrar la juventud... Porque si después de desamortizar salimos con que el viejo quiere sus andrajos y clama porque no le quiten de la cara sus benditas arrugas, no hemos hecho nada... "

Y tal alboroto levantaron las ideas de Tarfe, que hasta la salita donde comía don Serafín llegó el eco de los apóstrofes, réplicas duras y burlonas risas. El pobre señor se afligió enormemente cuando Valeria le dijo que hablaban de Mendizábal y de la Mano Muerta, y con la suya, que no estaba muy viva, dió sobre la mesa no pocos golpes, diciendo: "Tarfe masón... Perdónele Dios". Tan excitado se puso, que Valeria pasó al comedor para rogar que se variase la tocata.

—¿Qué hay, hija mía?

—Papá está furioso por lo que dice Manolito Tarfe. Manolito, haga el favor de no ser aquí tan masónico.

—¿Qué ha dicho mi buen amigo don Serafín?

—Que toda política que va contra Dios, es una política infernal.

—No he dicho nada... Valeria, aunque venga usted en clase de inquisidora, nos alegramos de verla.

—No nos abandone, Valeria. Esta usted

monísima; nos embelesa su rostro; su mirada y su sonrisa nos encantan, aunque vengan cargadas de anatemas y excomuniones.."

Halagada en su vanidad por tales piropos, dijo Valeria que no podía separarse de su papá, pero que aprovecharía cualquier ocasión para dar un sal tito al comedor y echar un palique con los buenos amigos, siempre que Pstos prometieran ser muy poquito herejes y muy poquito masónicos. La ocasión para zafarse del cuidado de don Serafín, y campar un rato á sus anchas en el comedor, la determinó Fajardo, que cuando servían el café se fué á tomarlo en compañía del paralítico, relevando á Valeria. Esta voló al comedor, y solos el Marqués y don Serafín, ofrecieron á la Historia una memorable conversación: "Mi noble amigo, de hoy no pasa que usted me dé su conformidad con el plan que le he propuesto para el perdón de Virginia.."

—¡Oh, Virginia, hija del alma!-exclamó Socobio lloriqueando, pues en cuanto aquel tema se tocaba, sus ojos eran fuentes.

—¡Hija del alma, dice usted, y no le abre sus brazos!.. ¡Hija del alma, y le niega su cariño, le niega el pan!..

—El pan no... Todo el sobrante que hay en casa, que no es poco, será para ella... ¡Hija mía... tan pobre y lactando!... Yo le aseguro á usted que si Virginia criara dentro del santo matrimonio, yo pagaría con gusto las mejores amas asturianas y pasie-

gas... Pero ella lo ha querido, ella rompió todos los lazos y pisoteó todas las leyes... Castigo de Dios: darás el pecho á tus hijos, porque no tendrás dinero para pagar ama..

-Virginia goza de buena salud, y no necesita alquilar la leche para su hijo. Virginia es la mujer fuerte, la mujer que va derecha por el camino de la vida.

—¡Ay! no, no, Pepe... no me aflija usted más de lo que estoy... Vea, vea cómo corren mis lágrimas... Ya tengo este pañuelo que se puede torcer... Pero traigo otro... y otro. Siempre que salgo de mi casa llevo tres pañuelos, porque me aflijo por la menor cosa y... ya ve usted... Hágame el favor, Pepito, de no disculpar á Virginia ni llamarla mujer fuerte. Podré perdonarla; pero disculparla nunca... Es la mujer débil, la mujer extraviada... Póngame usted más azúcar... me agrada el café dulcesito... Pues no ensalce usted á Virginia, pecadora y adúltera; no la comparemos con este ángel, con mi Valeria, la hija fiel, la hija discreta que ha preferido las asperezas del deber á los deleites de la libertad... Ahí la tiene usted, casada honesta y viuda honestísima, que viudez efectiva, aunque pasajera, es el alejamiento de su marido... Ahí está, firme en sus deberes, intachable en la virtud, ajustando estrictamente su conducta á lo que dice San Dionisio Areopagita acerca de la forma y manera con que han de guardar su recato las viudas. ¿Lo ha leído usted?

—No, señor... Pero sin leer nada de eso, reconozco que Valeria es un modelo de viudas ocasionales y de amantes hijas.

-No tiene más que un defecto, que es su loco devaneo por los muebles elegantes y las cortinas de última novedad... Pero este defecto no atañe á la virtud propiamente, ni la menoscaba. ¡Oh, qué diera yo porque á Virginia no se le pudiera echar en cara otro pecado que el mueblaje suntuoso y el gusto exagerado del vestir á la moda!... Los pecados de Virginia van contra Dios, son la negación de Dios y de su maravillosa obra en la Humanidad... Yo lloro esos pecados, querido Pepe; los lloro por ella, y los estaré llorando mientras viva..

—Serénese un poco, don Serafín; tómese su cafetito, que está muy bueno, y sin lloriqueos ni suspiros deme su conformidad con el proyecto de reconciliación... ¿Quiere que le recuerde las bases? Usted señalará á su hija pensión de alimentos, cantidad razonable, la que le correspondería si no existieran estas discordias... Virginia y su familia vivirán en mi casa; podrán visitarla usted y doña Encarnación á la hora que se determine para encontrarla sola con el chiquillo... ¿No es esto lo tratado?

-Eso es... déjeme que llore... eso y algo más. Viéndome ya tan caduco y de tan torpe andadura, propongo que puedan venir á mi casa Virginia y su nene; pero nunca pretender vivir con nosotros... De su casa de usted vendrán á la mía, y de la mía volverán

allá, sin que el hombre en ningún caso les acompañe por la calle...

—Muy bien. Mi mujer ó yo nos encargaremos de la traslación. . . Todo irá bien. Yo he hablado con Ernestito. . . ya se lo dije á usted ayer. El dulce *Anacarsis* está en la disposición más conciliadora, y no le importa ni poco ni mucho su mujer. Se hace la cuenta de que Virginia no existe, de que está viudo, situación que le agrada en extremo. No echa de menos el matrimonio, ni tampoco el divorcio, porque si lo hubiera y él recobrará por la ley la facultad de volver á casarse, no lo haría... Con que todo va como una seda, mi querido Socobio, y sólo falta que pongamos en ejecución nuestro convenio lo más pronto posible. . .

— Sí, pronto... De pensar que veré á Virginia soy un río de lágrimas. . . ¿Dice usted, Beramendi, que el chiquillo es lindo? Bien podrá ser que haya sacado toda mi cara, mi expresión...

— Paréceme que sí. . . Usted le verá. . .

— Y es una bendición que no hable todavía... Me sabría muy mal oírle nombrar á su padre... No sé quién me dijo que el padre es guapo, y yo me resistí á creerlo... Ya sabe usted lo que dice Santo Tomás. . .

— No me acuerdo.

— Pues dice que nada puede ser bello si no es bueno.

— Hay excepciones. . . Pero, en fin, dejémos eso...

— Dejémoslo. . . que, en último caso, la be-

leza física poco importante y poco vale. . . La 'belleza moral es reflejo de la Divinidad... Vea usted reunidas las dos bellezas, la moral y la física, en esta, angelical Valeria, ¡ay!... que sería la perfección misma sin esa flaqueza por la futilidad de las consolas, por la absoluta vanidad de los entredoses, y por la frágil opulencia de las porcelanas. . . Déjeme usted que llore, mi querido Beramendi. . . mi llanto es una mezcla de alegría y de pena, porque veré junto á mí, á mis dos hijitas, la buena y la mala, y á ratos, á ratos. . . me forjaré la ilusión de que las dos son buenas, piadosas, y las querré á las dos lo mismo, lo mismo; y el chiquitín de Virginia me figuraré que es de Valeria, y creeré, como creen los niños, que no lo engendró varón, sino que lo han traído de París. . . de París, Pepito, para recreo de mis dos hijas y mío. Jugarán ellas, jugaremos todos con él... De París ha venido en una caja con mucho papel picado, como las que recibía Valeria con aquellas lámparas elegantísimas y aquella loza de Sevres, que me costaban un dineral. . . De París ha venido el niño, sí, sí, y yo estoy muy contento, yo lloro de contento. . . y le estoy á usted muy agradecido. . . Beramendi, deme usted un abrazo fuerte, fuerte... y de mi parte este para María Ignacia... Déselo usted bien fuerte, bien fuerte. . . ¡ay, ay, ay!,

XXIX

Salvó á Beramendi de aquel sofoco Cándido Necedal, que fue á dar sus plácemes á don Serafín por la feliz aprobación del convenio de paces, y tuvo que aguantar los abrazos con salpicadura de lágrimas efusivas. El ex-ministro reaccionario no había contribuído poco á domar la testarudez socobiana, desmintiendo en aquel caso, como en otros de la vida privada, el rigor de sus principios dogmáticos. En el comedor, todo, era luz, animación y alegre bullicio. Valeria se derretía con los finos galanteos de Manolo Tarfe, y afectaba sorpresa burlona cuando el caballero hacía descaradas alusiones á los flamantes amoríos de ella con Pepe Armada.. Beramendi cogió al vuelo estas frases: “¡Qué tonto, qué malo! . . . Con usted no hay reputación segura. ” Y en el otro corrillo oyó á don Saturno: “Querido Guisando: eso que usted dice es un insulto á la Divina Providencia, y una burla de los designios del Altísimo. Porque el Altísimo permite que haya pobres, y los pobres y miserables lo son porque así les conviene.. Permite también que haya ricos que no necesitan trabajar... Naturalmente, les conviene la ociosidad en medio de la abundancia; pero el Hacedor, al permitir estas desigualdades por convenien-

cia de unos y otros, no consiente que los ricos inventen manjares absurdos por lo costosos. Eso es ya sibaritismo, y el sibaritismo es pecado.

-El desenfreno de la gula-dijo Eufrosia,—llevará á los infiernos á nuestro simpático *gourmet*..”

Riva Guisando, encendido de satisfacción el rostro, respondió con sonrisa olímpica que él no era más que un experimentador, un espíritu teórico que ponía sus conocimientos al servicio de la Humanidad. “Repetiré lo que ha escandalizado á esta señora—dijo,—para que se enteren Beramendi y Tarfe. Yo sé hacer un caldo tan superior, que cada taza sale por diez duros... cinco tazas cincuenta duros, y no rebajo ni un maravedí.. Grande escándalo y risotadas de incredulidad. “¿Pero qué demonios echa usted en ese caldo?.. ... “Será que en vez de carbón, emplea usted billetes de Banco,..” “Lo hará con alones de ángel, 6 con huesecitos de san tos milagrosos., ... “Cuando uno tome ese caldo, verá desde aquí el rostro del Padre Eterno.., Fiando á la comprobación real su problema gastronómico, Guisando emplazó y convidó á los presentes para la prueba. El haría su caldo en casa de Farruggia. Luego que los amigos cataran y saborearan tan extraordinario condumio, él les daría exacta cuenta de las carnes, especias y demás ingredientes que habían entrado en la composición... y se vería si era ó no razonable calcular en diez duros el coste de cada taza.

Acceptaron todos el extraño convite. En opinión de don Saturno, Guisando tenía que pedir pagas adelantadas, vender sus camisas y empeñar toda su ropa, si daba en regalarse á menudo con su famosa invención. “Pues sí-dijo Eufrasia, -quiero probar ese caldo y saber cómo se hace... para no hacerlo en mi vida, y declarar loco á su inventor., Con esto se puso fin á la reunión, que en aquella casa venerable terminaba siempre temprano. Salió el primero don Serafín acompañado de su hija, y luego los demás convidados, agradecidísimos á las atenciones de los Marqueses. Nocedal y Beramendi se fueron á sus casas, y Tarfe y Guisando al Casino.

No se le cocía el pan á Manolito hasta no avistarse con Teresa, y á la mañana siguiente se fué á su casa, esperando verla ya en-completa liberación del fardo. Aunque el rompimiento era seguro, aún no había dicho Risueño la última palabra, según contó á su amigo la moza, inquieta y malhumorada. “Hemos tenido más de un arrechucho. Está el hombre imposible. . Ni él puede aguantarme á mí, ni yo á él. A decir verdad, no ha estado muy violento.. . lo que significa que no me tiene ninguna estimación. Yo á él tampoco le estimo desde que sé que quiere proteger á una tal Genara, alias *Zorra*, que estuvo con Pucheta... y es de lo último de la calle... Lo que más me carga de Facundo es su gusto pésimo y su ordinariéz... Veo que me despedirá como se despi-

de á una criada que no guisa con aseo. Ayer me dijo: “Sé que tomas varas de un chico, aprendiz de armero, que pedía limosna... Ya veo que tus caridades no son más que una tapadera indecente. „ Yo le contesté con medias palabras, de las que ni afirman ni niegan.. . siempre con dignidad. Sé tener dignidad; él no.. . Vaya con Dios . . No me importa: ya lo daseo..”

Reiteró Tarfe su proposición de recoger la herencia de Risueño, y la guapa mujer, agraciándole con sonrisas y seductores melindres, le ordenó que tuviese paciencia, y escuchase lo que á decirle iba. Sacó del bolsillo un mal escrito papel, sentóse frente á *O'Donnell el Chico*, y le dijo mostrando sus garabatos: “Estas notas, Manolo, escritas por mí, que no estoy fuerte en ortografía, las pondrá usted en limpio. Tome, entérese. Verá tres nombres de personas, y otros tantos destinos, que quiero, Manolo, que necesito... Lo hago cuestión de gabinete: ó me trae usted las tres credenciales, ó no se presente más delante de mí. Usted es poderoso; el General O'Donnell no le niega nada. En todos los Ministerios tiene usted gran metimiento. Se va usted á Posada Herrera, ó á Calderón Collantes, ó á Salaverría... si no prefiere irse á la cabeza, á su padrino don Leopoldo, diciéndole: “Padrino, esto quiero... Mis compromisos políticos me exigen, me...., En fin, usted sabrá lo que tiene que decirle. „

Leyó Manolito la nota, y suspirando dijo

que lo haría, lo intentaría, sin asegurar que lo consiguiere, pues había pedido ya y obtenido de don Leopoldo y de los demás Ministros excesivo número de credenciales, Pero, en fin, él lo tomaría con gran empeño, presentando los tres casos como graves compromisos políticos, de los ineludibles y que no admiten espera. Pedía Teresa para su tío don Mariano plaza de Jefe de Administración, que era el ascenso que le correspondía, si era posible en Estado, y si no en cualquier parte. Para Leovigildo Rodríguez pidió plaza de la misma categoría que tuvo en Hacienda, y otra igual para don Segundo Cuadrado. Tragóse la nota el buen Tarfe, viendo que con Teresa no valían palabritas engañosas, y se fué dispuesto á marear á medio Ministerio y á su cabeza visible hasta lograr las tres plazas. Cosas más difíciles había en este mundo. El de nada se asustaba, fiado en su buena estrella y en su ángel. Era el niño mimado de la Unión. Adelante, pues, y á trabajar por Teresa, por aquel París que bien valía una misa, y aun tres misas.

Mientras andaba *O'Donnell el Chico* en la campaña que había de producir el remedio de tres cesantes infelices, Teresa no mantenía ociosa su mano liberal. Creía llegado el caso de repartir todos los bienes que á ella le sobraban. Su idea desamortizadora y de distribución del bienestar nunca brilló en su mente con luz tan viva. A su madre dió dos trajes muy buenos para que los arreglara, y

dos miriñaques; á Mercedes Villaescusa, una bata, camisas, enaguas, zapatos; á doña Celia envió macetas con las mejores plantas que entonces se conocían en Madrid, y además loza de vajillas descabaladas, un par de cortinas, cuatro botellas de manzanilla, un calentador para los pies, tabaco y otras menudencias; á Jerónima, provisiones de boca, galletas finas y un jamón, amén de unos visillos para las ventanas... Y entre otros pobres que en sus excursiones por los barrios del Sur había encontrado, repartió diferentes especies de ropa y comestibles, y algún dinero. En esta caritativa ocupación la sorprendió el *ultimatum* de Risueño, que se despidió de ella con una carta muy mal escrita, concediéndole la propiedad de todo lo existente en la casa, y enviándole mil reales de plus ... Alegróse Teresa de que la madeja de aquel lío se desenredase tan suavemente, y dió por buena la mezquindad del socorro final, perdonando el coscorrón por el bollo. Nunca le fuó tan grata la libertad; nunca tan á sus anchas respiró, á pesar del alarmante vacío de sus arcas. Ya vendría dinero de alguna parte; vendría tal vez la franca resolución de despreciarlo, y el recurso supremo de no ver su necesidad. Hallábase después de la carta de Risueño en gran perplejidad, cavilosa, echando ahora su alma por un camino, ahora por otro. Pocos días después de encontrarse libre, recibió la visita de una señora, ó con apariencias de tal, que alguna

vez se personaba en su casa; mujer de peso, de historia y de mucha labia, de estas que vienen á menos por desgracias de familia, ó por picardías de hijos desnaturalizados. Había sido famosa *cuca*; vestía decen temente, sin borrar de sí la inveterada traza *celestinoide*.

Secretearon las dos algo que merece referirse. Con extremados encarecimientos habló Serafina, que así la tal se llamaba, de un opulento señor, en buena edad, que por la calle había visto á Teresa y deseaba obsequiarla en alguna forma delicada. . . "Usted se habrá fijado tal vez... y ya comprende á quién me refiero... Sólo le diré, por si lo ignora, que ese señor tiene la contrata de todo el tabaco que en España se consume, y que no sabe qué hacer del dinero. . . Pero sí sabe, sí. ¿Ve usted la Puerla del Sol, con todas las casas derribadas para hacerlas de nuevo, ensanchando la plaza? Pues dicen que él levantará todas las casas nuevas. Imagine usted qué fincas... Es de estos hombres que de chicos se van descalzos á la Habana y vuelven con las botas puestas. . . Pero éste no trabajó en calzado, sino en sombreros, con más suerte que mi difunto esposo, que después de ganar en Cuba muchísimo dinero, allá se dejó las onzas y la pelleja... Pues como le digo, es persona sentada, tan limpio que da gloria verle; la cara bonachona, los cabellos entrecanos. . . figura hermosa en sus años maduros...

-Le conozco de vista -dijo Teresa poco

interesada en el asunto, — y algo me han contado de la facilidad con que gana el dinero. Yo, si he de decirle la verdad, Serafina, estoy cansada de esta vida. . . ¿Sabe usted lo que pienso de algunos días acá? Se va usted á reir... Ríase lo que quiera. Pues se me ha metido en la cabeza dedicarme á la honradez pobre, ó á la pobreza honrada. . . que es lo mismo... ¿Qué le parece?

— ¡Ay, hija mía: si es cuestión de conciencia, yo nada digo; no me meto á dar consejos á nadie, mediando la conciencia! ¡Ay, no, no!... ¿Pero de qué le ha dado á usted esa ventolera? ¿Es cierto lo que oí, que le ha salido á usted un obrerito? Hija mía, ándese con cuidado con los obreritos, que esos. . . á lo mejor la pegan, y salen unos perdularios ó unos borrachines. Las clases bajas de la sociedad, me decía Bravo Murillo, son dignas de que se las scorra, de que se las aliente; pero líbrenos Dios de meternos entre ellas... No, no: ni usted ni yo, por nuestra educación, podemos hacernos á la grosería del pueblo.

-Yo no pienso así. Al contrario, se ha fijado en mí la idea de que no hay cosa mejor que no poseer nada, absolutamente nada. ¡Fuera necesidades, fuera obligaciones! Tener una un hombre que la quiera. . . casarse con él, vivir con vida sencilla, descuidada... ganando el pedazo de pan necesario para cada día. . .

— ¡Ay, ay, Teresa, qué gracia me hace usted! ¡Salir con eso del bocadito de pan,

ahora, ahora, cuando tenemos á la Unión Liberal, que viene con la idea de hacer de España otro país, como quien dice, fomentando, fomentando...! Yo no sé expresarlo bien; pero *éste es el momento histórico*... así me lo ha dicho don Francisco Martínez de la Rosa... el *momento histórico* de multiplicar en España las comodidades y el bienestar de tantos miles de almas... Tendremos más ricos, pudientes muchos, y menos pobres... Vendrá la venta de la Mano Muerta... saldrán miles de millones... y verá usted á España cubierta de *ferrocarriles*, que traerán á Madrid todo el género de las provincias casi de balde... Así me lo decía esta mañana Salustiano Olózaga, y del mismo parecer es el Infante don Francisco, con quien hablé la semana pasada, y me dijo: "Serafina, mucha riqueza que está guardada veremos salir pronto de debajo de la tierra... ¡Y *en este momento histórico* cambia usted de rumbo, y vuelve su lindo rostro hacia la pobreza! „... La condenada tenía la perversa costumbre de citar personas respetables, que le daban confianzudamente un autorizado parecer, con el cual fortalecía su opinión propia. Teresa, en verdad sea dicho, había tenido con ella poco trato, y éste fué casi siempre puramente comercial, por la compra ó cambalache de joyas, encajes, abanicos, y otras prendas que cautivan á las señoras. Sin hacer ningún negocio la despidió aquella mañana, y fue tan discreta Serafina que no reiteró su proposición, limitán-

dose á decir: "Volveré, Teresita... quiero verla á usted en su nuevo papel... ¡Comparar la vida pobre con un obrerito! ¡Qué pronto se dice, y qué bonito parece pensado y dicho!... En el hecho ya es otra cosa... Aquí donde usted me ve, yo, en mis quince y en mis veinte, tuve, mejor diré padecí, ese bello ideal, y... ¡ay!... En fin, no quiero quitarle las ilusiones. Vásase usted, Teresita, á la pobreza honrada, que si es cuestión de conciencia, yo seré la primera que le aconseje ir por ese camino. La conciencia sobre todo: así me lo decía, sin ir más lejos, ayer tarde, el Cardenal Fray Cirilo de Alameda... Adiós, hija mía. „

XXX

Atacó el buen Tarfe con loco empeño á su protector don Leopoldo, de quien obtuvo una repulsa cariñosa. Ya le dolía la mano de dar á su protegido tantas credenciales. De Posada Herrera, á quien ya tenía frito con sus peticiones, nada sacó en limpio. Más feliz fué con Salaverría y con el Marqués de Corbera, que al menos le dieron esperanzas. El hueso más duro de roer era el destino de Centurión, en Estado; y no viendo medios de salir airoso con O'Donnell ni con Calderón Collantes, que se llamaban Andana, dirigió sus tiros contra doña Ma-

nuela, que le quería, le mimaba y se divertía con sus graciosa cháchara. No la encontró muy propicia, por tener bastante gastada ya su poderosa influencia; pero Tarfe insistió, y para ganar el último reducto de la voluntad de la señora, le llevó folletmes nuevos, que ella no conocía: *Isaac Laquedem*, por Alejandro Dumas, y luego *Los Mohicanos de París*, del mismo autor. Esta larga y complicada obra fué muy del agrado de la Condesa. Tarfe sacrificaba por las noches sus más agradables ratos de casino y teatros para leerle á doña Manuela pasajes de febril interés. Total: que con esto y sus hábiles carantoñas, y los elogios que hacía del gran mérito administrativo de Centurión (no le conocía ni de vista), logró interesar á la señora, y el buen don Mariano tuvo su destino, no en Estado, sino en Fomento, que para el caso de comer era lo mismo.

Para mayor ventura de Manolo Tarfe, el mismo día que le dieron la credencial de Centurión, entrególe Salaverría la de Leovigildo Rodríguez. Sólo faltaba la de Cuadrado; pero de esta colocación se encargó Beramendi, gozoso de favorecer al que había sido su desgraciado jefe en la *Gaceta*. Con estas bienandanzas, corrió Tarfe á ver á Teresa. Le llevaba todo lo que le había pedido. Tan contento estaba el hombre de poder satisfacerla en sus deseos generosos, que al darle las credenciales, se dejó decir: "Pide por esa boca, Teresa. A ver si encuentras

otro que con tanta diligencia te sirva.," Muy agradecida, y loca también de contento, Teresa no dió al caballero el sí que éste anhelaba; difirió su acuerdo para dentro de algunos días. "Estoy ahora en grandes dudas, Manolo, y dispense si no le contesto á lo que desea... Mil y mil gracias, amigo: es usted la flor de la canela para estas cosas. ¡Viva la Unión Liberal! y viva *O'Donnell el Chico*, que es el vicario del grande... Crea usted, Manolo, que le aprecio de veras... Pero estoy en la crisis del alma, en la terrible duda, Manolo. ¿Me voy hacia arriba, ó me voy hacia abajo? ¿La felicidad dónde está? ¿En la honradez pobre y sin cuidados, con sólo un hombre para toda la vida, ó corriendo, arrastrada de muchos hombres, y metiendo mano á los millones de la Desamortización?," Decía esto muy nerviosa, poniéndose la mantilla. Creyó Tarfe que no estaba buena de la cabeza, ó que de él donosamente se burlaba. Salió la guapa moza, sin permitir que el caballero la acompañase por la calle. En la esquina de Antón Martín le dejó plantado, corriendo con paso ligero á llevar las buenas nuevas al infortunado Centurión.

Interesantísima fué la escena de la presentación de la credencial á don Mariano, quedándose el buen señor tan absorto y turlato que no daba crédito á lo que veía... Leyó doña Celia; corrió Centurión á sacar del cajón de la mesa unos anteojos de gran fuerza que usaba para leer documentos de letra borrosa... Ni aun leyendo con aquellas

potentes gafas se convencía... Ordenó á su mujer que leyese de nuevo. . . ¡Colocado y con ascenso! No podía ser. "Teresa, o eres tú un demonio, que gasta conmigo bromas harto pesadas, ó Dios me confunde por haber hablado mal de don Leopoldo O'Donnell." Dijole á esto Teresa que el Jefe de la Unión Liberal estaba bien al tanto de lo que valía don Mariano, y que de su *motu proprio* había ordenado la reposición.. . El gozo de ver terminada su horrible cesantía, inundó el alma del buen señor; más por entre los espumarajos del gozo, asomó la dignidad adusta diciéndole: "Hombre menguado, aceptas tu felicidad del hombre público más funesto.. . y por mediación de tu pública sobrina... Lo que no lograron los principios de un varón recto, lo consigue la hermosura de una mujer torcida.. . ¡En qué manos esta el Poder!.. ." Viendo que doña Celia mostraba su gratitud á Teresilla besándola con ardiente cariño, se escabulló del alma la dignidad de don Mariano. "Será preciso que yo vaya personalmente á dar las gracias al General, dijo paseándose en la habitación con grandes zancajos. Replicó Teresa que no deseaba O'Donnell más que conocerle, y felicitarle por su mérito administrativo.

Una vez derramados los chorros de alegría en aquella casa, corrió Teresa á la de Mercedes Villaescusa. Al darle la credencial añadió estas graves palabras: "Dile á Leovigildo que ahí tiene eso, la mejor prueba de que Teresa Villaescusa es buena cris-

tiana y sabe devolver bien por mal. Tu marido escribió el anónimo diciéndole á Facundo que yo tenía algo que ver con Santiuste.. . Es una canallada, de la cual me vengo sacándoos de la miseria... No no me niegues que tu marido escribió el anónimo. Por mucho que quiso disimular la letra, no logró disimular su infamia.. . Conocí la mano que escribió el anónimo por el trazo y por dos faltas de ortografía que son tuyas... tuyas son.. . **Se** me quedaron en la memoria desde que me escribió una carta pidiéndome doscientos reales, que por cierto le dí.. . Pone *berdad* con **b** alta, y *prueva* con **v** baja... No, no le defiendas: mi ortografía es mala; allá se va con la de él.. . Pero... convence á tu marido de una cosa: la falta más fea de ortografía es... la *ingratitud*.. . Adiós; que lo paséis bien. "No esperó la réplica, y bajó muy terne por la empinada escalera.

Con la satisfacción de haber producido el bien, Teresa no pensó ya más que en frecuentar el trato de *Mita y Ley*, á quienes había tomado gran cariño. **Mientras** vivieron en las Vistillas, á los dos les veía casi diariamente; pero una vez que los esposos libres se trasladaron á la casa de Beramendi; no encontraba en el taller más que á Leoncio y al espiritual Santiusk, ardoroso en el trabajo por instigación constante de la guapa moza. Ya ésta no era un enigma para *Mita y Ley*, que la conocían por lo que era y lo que había sido, y ambos ponían gran empe-

no en atraerla mansamente á las vías de la virtud, conforme al sentir general, no al sentir suyo; que no se atrevían á proponer su libertad como modelo de vida. Pero ya se uniesen Juan y Teresa por lo libre, ya por lo religioso, tropezarían con un grave problema: los medios de vida material. Pensando en esto, *Mita* y *Ley* no veían clara solución, porque con el mezquino jornal que daban á Juan (y más no le daban porque no podían), no era posible sostener una casa por humilde que fuese. Quizás Teresa, pensaban ellos, que tan buenas plazas había obtenido para infelices cesantes, conseguiría para su futuro un buen puesto en la Administración pública, quitándole del oficio. En esto discurrían torpemente Leoncio y Virginia, pues nada más lejos de la fantasía de Teresa que vulgarizar y empequeñecer la personalidad del buen Tuste, confiriéndole la investidura de vago á perpetuidad, sin horizontes ni ninguna esperanza de gloriosos destinos. En la crisis que removía su espíritu, la cual era como si todo su sér hubiese caído en ruínas, y de entre ellas quisiera surgir y sobre ellas edificarse un sér nuevo, extrañas ambiciones al modo de centellas la iluminaban. Por momentos veía que la más hermosa solución era imitar el arranque intrépido de *Mita* y *Ley* cuando se arrojaron solos en brazos de la Naturaleza, sin recursos, con lo puesto, volviendo la espalda á la sociedad y encarándose con la severa grandeza de los bosques inhospita-

rios... ¿Serían Teresa y Juan capaces de repetir el paso heroico de sus amigos?

En esto pensaba la Villaescusa sin cesar, desde que se sintió enamorada de Tuste, y miraba con desdén, casi con repugnancia, los ordinarios arbitrios de vida pobre, el jornal, el empleo, y el encasillado inmundado en un mechinal urbano. En estas ideas fluctuaba cuando ocurrió lo que á continuación se cuenta.

Tan hechos estaban *Mita* y *Ley* al vivir campestre, que no podían pasarse sin salir los domingos á ver grandes espacios luminosos, tierra fecunda ó estéril, árboles, siquiera matas ó cardos borriqueros, la sierra lejana coronada de nieve, agua corriente ó estancada, avecillas, lagartos, insectos, todo, en fin, lo que está fuera y en derredor del encajonado simétrico que llamamos poblaciones. Desde que Tuste entró en el taller, les acompañaba en sus domingueras expansiones, y cuando Teresa cultivó la amistad de los armeros por querencia de Juan, fué también de la partida una vez 6 dos, y por cierto que se recreó lo indecible, tomando gusto á lo que parecía ensayo de vida suelta. Salían los expedicionarios por diferentes puntos, la Mala de Francia, la Moncloa, las Ventas; pero cuando no querían andar demasiado, y esto ocurría siempre que llevaban á Teresa, incapaz de largas caminatas, preferían un lugar próximo, la llamada *huerta del Pastelero*, grande espacio cercado, en las afueras del Barquillo,

junto al camino viejo de Vicálvaro, ni huerta, ni solar, ni campo, ni jardín, aunque algo de todo esto era, y restos quedaban de las diversas granjerías que existieron en aquel vasto terreno. Teníalo arrendado Tiburcio Gamonedá para establecer en él en *grande las* famosas industrias de obleas, *Zacres* y *fósforos*, que tuvo su padre en la calle de Cuchilleros. Había una casa 6 almacén que debió de parecer palacio á los que estaban hechos á los chinchales del interior de Madrid; había dos estanques de quietas y limpias aguas, con pececillos; algunos árboles, entre ellos cuatro cipreses magníficos junto á los estanques, que reproducían, vueltas hacia abajo, sus afiladas cimeras de un verde obscuro y triste. Eran Tiburcio y su mujer hacendosos, y habían compuesto una noria vieja, con la cual podían sostener un fresco plantío de hortalizas. Tenían gallinas y palomas que se albergaban en la casa; un perro y un burro completaban su arca de Noé, amén de un tordo enjaulado.

Pues un sábado de Abril, pocos días después de la entrega de credenciales á Centurión y Leovigildo, recibieron *Mita* y *Ley*, á punto que anochecía, la visita de Teresa. Invitaronla para el día inmediato, domingo, en *Za huerta*, que así llanamente decían. Aceptó Teresa gozosa. ¿Quería que Tuste fuese á buscarla? No: ella iría sola; bien sabía el camino. No convenía que Juan fuese á buscarla, porque si se enteraba la madre de ella, furiosa enemiga de Juan, podría in-

ventar cualquier enredo para impedir que acudiera á la cita. Fueran los tres temprano, que ella, solita, recalaría por la huerta sobre las diez.. . Así se convino.. . Partió Teresa... En Puerta Cerrada tomó un coche para llegar pronto á su casa, y al entrar en ella temerosa, dijo á Felisa: "Si vuelve *O'Donnell el Chico*, le dices que no estoy,, que he ido á casa de mi madre... No, no, eso no, que el muy tuno allí se plantaría.. . Le dices que me he marchado fuera de Madrid.. . á un pueblo.. . inventa el pueblo que quieras.. . y que no volveré hasta pasado mañana.. . 6 hasta cuando á tí te parezca. " Adviértase que desde que le dió las credenciales, Tarfe la perseguía sin descanso, y á su puerta llamaba sin conseguir ni una vez sola ser recibido.

XXXI

Se acostó Teresa, y desvelada estuvo gran parte de la noche, sintiendo la voz de Tarfe en la puerta, y las mentiras con que Felisa por centésima vez le despachaba. Engañó el insomnio, pesando y midiendo los términos candentes de la resolución que había de tomar el día próximo. Se llaman candentes estos términos, porque le quemaban el cerebro cuando alternativamente 6 los dos juntos-entraban en él. Grave era esto, grave lo

otro... tan difícil el sí como el no, y el ser no menos escabroso que el no ser... Levantóse temprano, después de un corto sueño; se arregló y vistió; cuando tomaba su chocolate, cayó en la cuenta de que su portamonedas estaba flaquísimo. Sólo le quedaban dos napoleones y alguna peseta del dinero que le dejó Facundo. Afortunadamente, tenía innumerables objetos de valor que vender ó empeñar... Apartada un momento del estado económico, voló á más alta esfera, y de ésta descendió, para pensar que debía ir á ver á su madre. Si no la entretenía y embaucaba con cualquier embuste, Manolita vendría en busca de ella; la perseguiría como á una criminal, si no la encontraba... Hasta era capaz de coger un coche y plantarse en la huerta, que bien sabía dónde estaba. La primera vez que Teresa fué á la merienda, hizo la tontería de contárselo á su madre, y describirle el sitio, y darle cuenta de las personas que la invitaron.... Por ser ella tan necia, se veía sin libertad. "No se puede ser libre-pensaba, sino con sombra de hombre."

Encaminóse á la calle de Cañizares, donde vivía doña Manuela Pez, y tan recelosa iba de que su madre la detuviera birlándole la merienda en el campo, que de la escalera pensó volverse. No se determinó á retroceder. Subió despacio. Manolita, que desde el balcón la había visto entrar, le abrió la puerta, y llevándola con cierto misterio al cuarto más próximo, le dijo: "¿Tie-

nes algo que hacer hoy por la mañana? ¿Has venido con la idea de quedarte á almorzar con migo., ... "De aquí-replicó Teresa, encontrando con rápida inspiración la mentira, -pensaba ir á casa del tío Mariano. Quiero zambullir mi espíritu en la alegría de aquella casa, nadar en ella. ¡Cómo están los pobres!

-Pues vete al instante--dijo Manolita, con el delicado y sutil acento que empleaba en los casos de gran oficiosidad.—Espero por la mañana la visita de una persona que viene á tratar conmigo de un asunto.. . No te lo digo.. . Ya has comprendido que se trata de tí, ¿verdad? Pues por lo mismo que se trata de tí, no quiero que estés en casa.

-¿La persona que usted espera es hombre ó mujer?

-¡Ah, picaruela! sospechas que es Serafina. No... Serafina estuvo anoche dos veces; hoy volverá.. . Pero no es ella la persona que espero.. . Y lo repito: no quiero que estés aquí cuando venga... Necesito estar sola... ¡Ay, hija, cuánto tienes que agradecerme!... Otra cosa: como al mediodía tendré que salir y no sé cuándo volveré, no vengas acá hasta la tarde.. . mejor á la noche... ¡Ay! concédame Dios el poder darte esta noche un notición tremendo... Mucho vales tú, Teresa... pero una suerte tan grande, tan grande, no podrías soñarla.. .

-Bueno, mamá: ya me lo dirás... ¿De modo que me mandas que me vaya?.. .

-Sí, sí... pronto... Vete á casa del tío Mariano... Que te convide á almorzar, que bien te lo has ganado... Bueno... no te entretengas... Adiós, hija; hasta la noche.,,

Vió Teresa el cielo abierto, y no se hizo rogar para tomar el portante... ¡Qué suerte había tenido! Su madre no sólo no la retenía, sino que la echaba... ¿Y qué negocio arduo era el que la viuda tenía que tratar con el desconocido visitan te. ¡Ay, ay, ay!... ¿Y por qué no podía estar ella en la casa mientras Manolita conferenciaba? ¡Ay, ay!... ¡Y era ella el objeto de la conferencia!... ¡Y á la noche, noticia tremendo! ¡Ay!... Aunque todo esto le resultaba odioso, no cesaba de pensar en ello, siguiendo presurosa su camino en dirección de la calle de Alcalá... Y era la curiosidad lo que la hacía pensar, pensar en lo mismo, apurando toda la lógica para descubrir el pensamiento de su señora madre. Curiosidad era sin duda, y no gusto de aquellas intrigas ni de sus consecuencias... Verdad que el amargor de ciertas cosas no quita el picor del deseo de conocerlas. "Sabiendo lo que *esto* se decía, —lo aborrece. ré mejor., Gozosa de haber encontrado esta fórmula que armonizaba la virtud con la curiosidad, desembocaba por la calle del Baño para tomar la de Cedaceros, cuando choco con un objeto duro... tal efecto le hizo ver á *O'Donnell el Chico*, que venía en dirección contraria.

"¡Teresilla... alto! Ya no te me escapas... Trescientas veces he llamado inútilmente á

tu puerta... y ahora... la casualidad te trae á mí.

-Si me hubiera bajado al Prado desde mi casa,—dijo Teresa, sin disimular lo que el encuentro la contrariaba, —mejor cuenta me habría tenido... Manolo, por Dios, déjeme seguir mi camino... Vaya; un saludito y *cada* uno por su lado.,,

No se avino el joven á esta forma tan simple de separación, y siguió junto á ella protestando de que no era su idea molestarla. Aceleró Teresa el paso, fingiendo mucha prisa; pero Tarfe no se rendía fácilmente, y amenizaba la carrera con estas bromas: "¿Vas á apagar un fuego? Mejor: yo llevo las bombas.,

—Manolo, por la Virgen Santísima —dijo Teresa parándose, sofocada:—es usted caballero, y no se obstinará en seguirme cuando yo le suplico que no me siga... ¿Qué quiere de mí?

-Verte, oír tu voz... Hicimos un trato que yo he cumplido fielmente, tú no.

-Yo no prometí nada, Manolo, ni era preciso, porque usted, al conseguirme las credenciales, hacía una obra de caridad, y no quería más recompensa que la *satisfacción* de socorrer á los desgraciados.

—*Teresilla*, sabes más que Aristóteles. Si *no* te quisiera por tus encantos, por tu talento te adoraría, por el salero con que sabes ser traidora, *pérfida*, ingrata.

-No desvaríe; Manolo, y déjeme seguir.

-Vas á prisa como los que han hecho una muerte: el muerto soy yo.

-Voy á prisa, sí señor; voy fugada.

—¡Fugada!... Llamas tú fugas á las escapatorias de la mujer caprichosa que un día sale á correrla..

-No es escapatoria de un día, Manolo— dijo Teresa con gravedad que dejó suspenso á *O'Donnell el Chico*; -es para siempre.

—¡Para siempre!

-Y no me vera usted más.. .

-Si fuera cierto, sería lo más desagradable que pudieras decirme. . . Pero no es verdad, Teresa. Tú no eres capaz de seguir la senda por donde fueron *Mita y Ley*. Eres cortesana... Parece que has abandonado tu puesto en la Corte de Venus, y lo que haces es alejarte hoy para volver mañana, y ocupar tu sitio... con ascenso... Cuando parece que bajas, subes, Teresa, y has de poner te al fin tan alta que desprecies á los pobres como yo... y no podremos ni mirarte siquiera., Dijo esto *elpequeño O'Donnell* con tristeza. Teresa no le entendía; esperaba que hablase más claro.

“Todo lo que usted me dice, Manolo, es para mí como si me hablara en chino.. . ¡Yo despreciarle á usted.. . y por pobre! . . . ¡Jesús! ¡Vaya con el pobrecito, el hombre de la influencia, el niño mimado de la Unión Liberal, el primero de los hombres públicos. Muy agradecida estoy á *O'Donnell el Chico*, pues apenas abrí la boca para interceder por tres cesantes, fui atendida.. .

-Pero ya no necesitarás recurrir á mí, Teresa. Lo que obtuve yo para tus parientes, te ha de parecer pronto á tí la última de las bicocas.. . Porque tú, con más facilidad que ninguna otra persona, darás credenciales de Directores Generales, de Gobernadores, ascensos al Generalato y propuestas de Obispos; tú, Teresa, tú... No pongas ojos espantados.. .”

Decían esto, bajando por la calle de Alcalá. La curiosidad que, en forma de brasas, sentía Teresa en su mente, ya levantaba llama. “Explíqueme eso de modo que yo lo en tienda —dijo á Tarfe; — y explíquemelo pronto, porque tengo prisa. Voy lejos, y en la Cibelas he de tomar coche, ó tartana si la encuentro.

-Yo tomare la tartana, y te llevaré á donde quieras.

—Eso no... Acompáñeme á pie un ratito, y después cada lobo por su senda... Quiero saber de dónde voy yo á sacar ese poder que usted supone.. . ¡Qué gracioso!

—¿De dónde?.. De tu hermosura, de tu gracia.. . Eres la mayor farsante que conozco, y la cómica más perfecta. No sé para qué gastas conmigo esos disimulos. ¿Cómo has de ignorar tú que alguna persona de grandísimo poder y de riqueza desmedida te solicita... vamos, pide tu mano para llevarte al altar que no tiene santos?.. Hazte la tonta. ¿Crees que me engañas?..

-Pues, hijo, gracias por la noticia de la petición de mano.. . Pero puede creerme que

no sabía nada... ¡Qué risa! ¿Pues así se piden manos sin que los ojos se hayan dicho algo antes? Usted ha perdido el juicio, Manolo.

-Lo perderé por tí, viéndote en manos de las que no podré quitarte. Soy fuerte si me comparas con Risueño, débil si con otros me comparas... ¿Quieres que te diga una cosa, una idea que desde anoche se me ha metido aquí y no puedo soltarla? Pues tú eres el numen de la Unión Liberal, la encarnación de esas ansias de bienestar y de esos apetitos de riqueza que van á ser realizados por mi partido. Tú eres la evolución de la sociedad, que transforma sus escaseces en abundancias con los tesoros que saldrán de la tierra; tú...

-Cállese, por Dios, Manolo... Me trastornaría la cabeza si no la tuviera yo bien firme. ¿Qué tengo yo que ver con tesoros enterrados, ni con nada de eso?

-No diré que por tus propias manos; pero sí que por manos que estarán muy cerca de las tuyas, han de pasar los millones, los miles de millones de la Desamortización.

-¡Jesús, Manolo!

-Sé lo que digo... A tu lado verás nacer y crecer las maravillas del' siglo, los caminos de hierro... verás el remolino que hace el oro, girando en derredor de los que lo manejan y hacen de él lo que quieren... ¿Qué mujer podrá, como tú, darse el gusto de ser dadivosa?..

Pudo creer Teresa, en los comienzos de la

conversación, que Tarfe bromeaba... Ya creía que mezclaba las burlas con las veras, y que algo había de verdad en aquel fantástico vaticinio. Sin duda, en el conocimiento de Manolo había una certidumbre que en el ánimo de ella sólo era un presagio, más bien sospecha. Ciertamente que hombres de gran poder político y financiero gustaban de ella; pero ¿en qué se fundaba *O'Donnell el Chico* para sostener que entre el deseo y la realización había tan poca distancia? Con esto, la curiosidad, que desde la rápida entrevista con su madre prendió en su mente, era ya incendio formidable. Las llamas le salían por los ojos, y por la boca este vivo lenguaje:

“Párese un poquito, Manolo, y dejando á un lado las bromas, dígame si es verdad eso de la Desamortización; si es un hecho ya, vamos. Porque Risueño decía que la Desamortización es un *mito*, que es como decir una guasa.

-No es mito, sino dogma, Teresa: pronto será un hecho, y la gloria más grande de O'Donnell y de la Unión Liberal... Con la ventaja de que ya el desamortizar no traerá trifulcas ni cuestiones, porque se hará de acuerdo con el Papa... Ya está negociado el nuevo Concordato. Ríos y Rosas y Antonelli han quedado ya conformes. ¿Me entiendes? Concordato es un convenio con la Santa Sede.

-¿Para que desamorticemos todo lo que queremos?

-Para que se venda la Mano Muerta, favoreciendo á la Mano Viva... .

Algunos segundos estuvo Teresa como alelada, mirando al suelo. . . Luego dijo: "Bien, Manolo; me parece bien. . . Razón tiene usted en adorar á O'Donnell. . . yo también le admiro, y declaro que es el primer hombre de España.

-Como tú la mujer más simple de todo el Reino, si no me confiesas que eso que has dicho de fugarte y no volver, es un bromazo que quisiste darme. ¡Cómo he de creer yo que desmientes la ley de tu destino en el mundo, y que ahora, cuando la fortuna te da todo.10 que ambicionabas... no lo niegues: tú me has dicho que lo ambicionabas. . . cuando la fortuna viene en busca de ti, huyes tú de ella! . .

-Cierto es que tuve mis sueños de grandeza y poder... ¿Quién no sueña, viviendo como vivimos en medio de tantas necesidades?... Pero ya esa racha pasó, ya estoy curada de esos desatinos. . .

-Esa cura no puede hacerla más que el amor... Pero hay casos en que la salud es tan mala como la enfermedad. . . ó peor... Y yo te digo, con toda la efusión de mi alma: "Teresa, ¿no podrías conciliar la ambición y el amor? Ello es sencillísimo: aceptas lo que los ricos te dan, y me quieres á mí. La riqueza mía es corta, Teresa; lo suficiente para la vida de mediano rumbo que yo me doy. . . No puedo satisfacer tu ambición. . . Pero los que pueden satisfacerla no te darán un corazón amante como el mío., Rebelóse Teresa contra la profunda inmoralidad que

esta proposición envolvía. . . " Manolo-le dijo, no es nada caballeroso lo que usted pretende... ¿Quiere que le diga toda la verdad, confesándome con usted como con Dios? Pues sentémonos. Estoy cansada. Se cansa una de andar, de pensar cosas raras: cansa la duda, y cansa el no entender bien las cosas. . . ¿Con que dice usted que podré yo desamortizar? ¡Qué risa!

—¿No lo crees?

—Juro á usted que no lo creo.,,

Teresa juraba en falso. Aunque no conocía la tragedia de *Macbeth*, en su íntimo pensamiento se decía: **La ciencia de aquellas mujeres (las brujas) es superior á la de los mortales.** Y las brujas del tiempo de estas historias se llamaban **O'Donnell el Chico.**

XXXII

Se sentaron en un rústico banco, próximo al jardn de la Veterinaria. Habló Teresa la primera: "No tengo ya esa ambición, Manolo. Me la quitó el amor. Por primera vez en mi vida puedo decir que quiero á un hombre. Dispénsese si le lastimo: ese hombre. yo lo quiero no es usted.

-Ya sé. . .-murmuró Tarfe sombrío, quejumbroso. . .—Es el aprendiz de armero. Le conozco. . . Sigue, Teresa.

—¿Qué más quiere usted que le diga? Que

a los pocos días de tratar á Juan sentí por 61 una piedad y un respeto, que pronto, sin pensarlo, se me convirtieron en cariño. Ví en él la conformidad con la desgracia, cosa nueva para mí; pude ver y conocer que el pobrecito tenía por mí un amor muy grande, sin cuidado de la opinión, y que con su pensamiento me limpiaba, y borraba todas mis faltas para volverme pura y poder adorarme á su gusto. ¿Comprende usted lo que esto vale, Manolo? Por el hombre que así me quiere, por el que en mí ve la niñer, la madre, la hermana, y todos estos amores reunidos en uno, ¿qué menos puedo yo hacer qu'wonsagrarle mi vida?

-Comprendo, sí, que desees consagrarle tu vida; pero no que lo hagas. La cantidad de abnegación que necesitas para descender hasta él es enorme... Más que virtud, sería santidad, y esta no existe hoy en el mundo. Creo en tu amor; no creo en tu santidad. Si yo te viera consumir el gran sacrificio, si te viera precipitarte á la pobreza y al estado de vulgar estrechez que te traería la unión con el armero, fuera por matrimonio, fuera de otro modo, yo te admiraría, Teresa, y respetaría tu caída... Caer de ese modo es alcanzar la mayor elevación moral. ¿Entiendes lo que quiero decirte?

-Sí lo entiendo, y desde hoy puede usted empezar á respetarme y admirarme-dijo Teresa levantándose.-A la pobreza honrada voy... ahora mismo..

-Vas á la huerta llamada del *Pastelero*,

donde te esperan *Mita y Ley*, y con ellos tu novio.. . Ya puedo llamarle así.. .

-Así debe llamarle. Voy á la huerta... Ya me ha detenido usted bastante... Si es usted caballero, déjeme seguir mi camino.

-Tienes razón. No te estorbo en tu camino. Pero te digo que si vas hoy á lo que llamas la pobreza, volverás de ella mañana. ¿Qué has de poder tú contra tu Destino, tontuela?.. Sobre tus resoluciones, sobre esos arranques fantásticos, de momento, prevalecerán las dos grandes fuerzas que hay en tí. ¿No las conoces? Pues son la pasión del buen vivir, y la pasión de repartir el bien humano. . . En la pobreza, ni una ni otra de estas pasiones puede tener realidad... Vete, corre á donde te esperan el hombre enamorado y los amigos que fueron salvajes. Ya no te detengo... Anda, sigue tu camino. Sé que volverás... Media palabra, un recadito, una mirada de cualquiera de nuestros dioses.. . ¿No sabes qué dioses son éstos? Los ricos, Teresa, los inmensamente ricos, que te rondan sin que lo sepas tú. . . Pues cualquiera insinuación de uno de éstos te sacará de la pobreza honradita y so-sita para traerte á la-deshonra brillante y to-lerada... Si lo dudas, haz la prueba. Te acompaño hasta indicarte la vereda más corta para ir á tu objeto..,

En pie, mirando á su amigo con cierto espanto, Teresa no se movía. Tarfe, llevado ya por el hervor de sus ideas y de sus apetitos. al punto de la inspiración, de la su-

gestiva elocuencia, prosiguió así: "No olvides lo que te he dicho, no una vez, sino veinte ó más. Te lo dije en tiempo del fardo, y después del fardo. Tú eres, Teresa, sin darte cuenta de ello, el numen de la Unión Liberal; eres la expresión humana de los tiempos... Los millones de la *Mano Muerta* pasarán por tu mano, que es la *Mano Viva*... Mueve tus deditos, Teresa. ¿No sientes en ellos el frío de los chorros de oro que pasan...?

-No siento nada, Manolo; no siento nada,-dijo Teresa, ceñuda, estirando y encogiendo sus dedos como Tarfe le mandaba.

-Pues es raro. Los nervios de los ambiciosos se anticipan á la sensación real, y el alma á los nervios. Eres tú la fatalidad histórica y el cumplimiento de las profecías... ¿No lo entiendes? Sin entenderlo lo sentirás en tí, como sentimos el correr de la sangre por nuestras venas... Tu serás la ejecutora de lo que decimos y predicamos yo y los de mi cuerda, los de mi partido, los que evangelizamos el verbo de O'Donnell, que es el verbo de Mendizábal... No pongas esos ojos espantados, esos ojos que están diciendo: "Yo desamortizo; yo quito del montón grande lo que me parece que sobra, para formar nuevos mon toncitos... Yo soy la niveladora, yo soy la revolucionaria... Yo desplumaré á los bien emplumados para dar abrigo á los implumes; yo quitaré el plato de la mesa de los ahítos para ponerlo en la mesa de los hambrientos...., Esto dices tú sin saber que lo dices, y esto piensas creyendo pensar en

las musarañas... Si otra cosa sientes hoy, es una humorada, un sentir pasajero... Vete á la pobreza; vete á ese juego inocente, Tere-silla, que de allí volverás, y si no vuelves pronto, alguien irá en tu busca, y te traerá con sólo cogerte de un cabello y tirar de tí... Si tardas en volver, te buscarán los que te rondan, y dirán: "¿Dónde está esa loca?...". Y esta loca está jugando á la honradez pobre, uno de los juegos más inocentes de la infancia. Juega á las comiditas, á ir á la compra, y á remendarle los trapos al ganapán que la llama su mujer. Vete, vete pronto, Teresa. Cuando vuelvas, me encontrarás... Yo te espero: iré á tu casa... á tu nueva casa. Adiós, gran revolucionaria, adiós..."

Dicho esto con el hechizo que reservaba para ciertas ocasiones, se fué, dejándola sola en una vereda por donde sin cansancio podía llegar pronto á su objeto. Desde lejos la saludo, y ella tuvo fijos en Tarfe sus ojos hasta que le vió desaparecer. Siguió entonces por la vereda, cabizbaja: lo que le había dicho O'Donnell el Chico levantaba en su alma un tumulto borrascoso. ¡Y qué cosas se le ocurrían, tan bien dichas y con tan hondo sen tido! Sin duda era Manolo un diablillo simpático, tentador, que con permiso de Dios le sugería las ideas ambiciosas cuando ella anhelaba ser modesta y despreciar las vanidades del mundo.

A cada rato se paraba Teresa y volvía sus ojos hacia Madrid. Poníase de nuevo en marcha lenta, arrastrando sus miradas por los

surcos del campo, en que verdeaba la cebada raquílica para pasto de las burras de leche. ¿Quién era, ó quiénes eran los magnates del dinero que la solicitaban? Esto se decía, mirando á los surcos, y relacionando las indicaciones de Tarfe con las vaguedades de Manolita Pez, y todo esto con la indirecta que le soltó Serafina días antes. Fuera de ella y de su voluntad, había sin duda una conspiración cuyo fin bien claro veía: faltábale sólo conocer la persona. Según Tarfe, no se trataba del candidato de Serafina, sino de otro de mayor vuelo y poder más brillante... Loca la habían vuelto entre todos; pero ella debía persistir en sus sanos impulsos de moralidad, apresurando el paso para llegar pronto á la presencia de Juan y de *Mita* y *Ley*, que confortarían su alma turbada.

Pasaron junto á ella, y se le adelantaron, algunas familias pobres que iban de merienda. Groseros le parecieron los hombres, desgarbadas las mujeres, flacuchos y pálidos los niños. ¡Oh! ¿llegaría Teresa á verse así, sin garbo ella, bárbaro su hombre, y degenerados sus hijos, si los tenía? ¿El hambre y la privación de todo bienestar la llevarían á tan tris te estado? No quería ni pensarlo... Entráronle súbitas ganas de volverse á Madrid, y aun dió algunos pasos hacia atrás, movida de un ardiente deseo de encararse con su madre y decirle: “¿Pero quien..?,” Pronto se rehizo de esta instintiva inclinación al retroceso; siguió su camino y... pen-

sando en el hombre aceleró el paso, como aceleran las aves el vuelo cuando van al nido. ¡Vaya, que el pobrecito Juan esperándola! ¡Qué impaciente estaría, qué inquieto, qué ansioso! ¿Y *Mita* y *Ley*, qué pensarían de aquella tardanza? Ya eran las doce, las doce y media. Tendrían ganas de comer; pero la esperarían... Sólo en el caso de que ella tardase mucho, comerían... ¡pero qué tristeza tener que ponerse á comer sin ella!

Llegó hasta donde veía las tapias de *Za huerta*, y lo mismo fué verlas que sentir que los pasos se le acortaban por sí solos, hasta llegar á detenerse en firme. Tuvo miedo; sintió la urgencia de resolver y ordenar en su mente un aluvión de ideas que en ella entraron como huéspedes alborotadores. Grande era el amor que sentía por Juan; mucho le quería, mucho. Era bueno, sencillo, inteligente, capaz de todo lo bello y noble... Merecía la felicidad y cuantos bienes ha puesto Dios en el mundo... Pero si ella se metía en la vida pobre, ¿quién había de dar estos bienes al honrado y amante Santiuste? ¿Quién cuidaría de su alimento, quién le socorrería en sus desgracias? ¿Quién le costearía las más brillantes carreras en el caso de que quisiese dedicarse á la sabiduría? ¿Quién le pondría la gran tienda de armero en el caso de que optase por la industria? ¿Quién le proporcionaría las mejores ropas, los libros más instructivos, la casa cómoda y elegante, y las mil frivolidades y pasatiempos que engalanan la vida?... Tenía

que pensar en esto antes de lanzarse resueltamente en la vida pobre, y para pensarlo despacio y poner cada idea en su punto, se apartó del camino. La cosa era muy grave. Necesitaba recoger su espíritu. . . Tanto quiso recogerlo, que se fué á un altozano donde se alzaba un artificio que parecía noria, entre pelados olmos. Sentóse allí, y meditó.

Pensando, se fijó en los grupos que merendaban en el prado próximo á *la huerta*. ¿Quién cuidaría de socorrer á tanto pueblo infeliz, si ella se metía en el árido reino de la pobreza? . . . ¡Cuánta miseria que remediar, cuánta hambre que satisfacer, y cuánta desnudez que cubrir! Ella, ella sola podía con mano solícita y diligente acudir á todo, cogiendo á puñados lo que sobraba-del montón grande, y. . . No había duda, no, de que era verdad lo que Tarfe le dijo. Como que Manolo era el espíritu mismo y la esencia de O'Donnell el Grande, trasvasados á un sér familiar, un tanto diablesco, rebosante de ingenio y de gracia.

¿Pero no era discreto y razonable que todas estas cosas se las dijese al propio Santiuste, su amor único desde que vivía? Seguramente, cuando se lo dijera, Santiuste le daría la razón, y le aconsejaría que se dedicase pronto á las funciones de intérprete del verbo de O'Donnell, que era el verbo de Mendizábal. La Humanidad aguardaba con ansia los beneficios que la *Mano Viva* de Teresita había de derramar sobre ella. . . Púsose en camino hacia *Za huerta*, cuyo ta-

pial bien cerca veía; pero á los pocos pasos la obligaron á nueva detención estas ideas: "Si digo esto á *Mita y Ley*, no me comprenderán. Si lo digo á *Tuste*, me comprenderá, pero después de explicaciones muy largas, que no pueden hacerse en un día ni en dos. Juan tiene mucho talento, y ve las cosas desde lo alto, desde lo más alto; pero idea como ésta, ni *Tuste*, con todo su entendimiento y su saber castelarino, la puede penetrar, así. . . de primera intención. Yo se la pondré bien clarita. . . pero no puede ser ahora. . . ahora no. . ."

Vaciló un instante, frunció el ceño, y al fin determinó que no pudiendo decir lo que pensaba, debía volverse á Madrid. Frente á ella se extendía la tapia de *la huerta*, por el Este. Veía los tejados irregulares de la casa, los chopos, los cuatro cipreses, de igual altura con muy poca diferencia. EL del extremo de la derecha subía un poquito más que sus tres hermanos. Acercóse Teresa aguzando el oído con intento de percibir algún ruido del interior de *Za huerta*. . . Oyó roces confusas, pasos, cantos del gallo. . . Su viva imaginación le fingió imágenes precisas de lo que allí dentro pasaba. Juan, muerto ya de impaciencia y desconfiado de que á tan avanzada hora llegase, se había retirado del portalón, donde estuvo en acecho desde las diez, y abrumado de tristeza se sentaba en el brocal del estanque, mirando las aguas verdosas y el reflejo de los cuatro cipreses, tan rígidos y melancólicos vueltos hacia el

cielo bajo, como lo eran señalando al cielo alto con afinada puntería. *Mita*, sentada en la puerta de la casa, expresaba con su inmovilidad, el codo en la rodilla, la cara recostada en la palma de la mano, el aburrimiento de una larga espera. Ley paseaba por entre los chopos al niño, y le zarandeaba para alegrarle; el perro corría tras ellos fingiendo alborozo, sin más objeto que aligerar el tiempo. . . Por fin, *Mita* llamaba: ya no podían esperar más. ¿Qué habrían llevado para comer? La imaginación de Teresa vaciló entre figurarse la tortilla y un buen arroz, ó el par de pollos precedidos de ruedas de merluza... Vió, sin dudar un punto, el postre de polvorones que tanto gustaban á la amiga invitada; vió también que arrimados *Mita* y *Ley* al mantel tendido á la sombra del morral, Juan negábase á comer... Su tristeza le ponía un nudo en la garganta y no podía tragar bocado. Los amigos le consolaban discurriendo las explicaciones más racionales de la tardanza de Teresa. Los consuelos quedábonsẽ en los oídos de Juan sin llegar al alma; ésta, empapada en amargura, agrandaba su pena hasta lo infinito; viendo en la ausencia de la mujer amada algo tan solitario y desesperante como el vacío de la muerte... Mientras los otros comían, Juan volviendo á la puerta, asaltado de una débil esperanza, declamaba mentalmente cláusulas altísonas, que lo mismo podían ser suyas que de Castelar. Teresa las reproducía en su imaginación y en su memoria como si

las oyera: "Muerto el paganismo, el humano espíritu levanta el vuelo" y corre tras el cumplimiento de la ley de amor. . . Amor le brindan los cálices de las flores, amor la dulce onda de los sagrados ríos, amor la conciencia pura de la mujer cristiana, Eva restaurada, virgen renacida de las cenizas de la inmolada Venus. . ."

La idea de que Juan saliese á explorar el camino y la encontrara en aquel acecho angustioso, le infundió tal vergüenza y terror, que instintivamente se alejó á buen paso. Alborotada su conciencia, no quería ver ni aun con la imaginación los rostros de sus inocentes amigos, ni oír sus amantes voces. ¿Qué entendían ellos de los graves conflictos del alma en lucha con todo el artificio social, y solicitada de poderosas atracciones?... Por el amor mismo que á Juan tenía, y por la piedad intensa con que miraba el presente y el porvenir del interesante mozo, amigo de su alma, no debía verle en tal ocasión. . . ¡A Madrid, á Madrid otra vez! Anduvo largo trecho muy á prisa, siguiendo la mejor dirección para cambiar pronto de perspectiva. . . Al fin vió casas mezquinas y tapias de corrales, que á cada paso aparecían en mayor número, como si ante ella surgieran del suelo. Por un boquete de aquellas rústicas construcciones distinguió la Plaza de Toros. . . Como no había comido nada desde el desayuno que tomó muy temprano, sentía, sin tener apetito, los desmayos propios de un cuerpo exhausto en

día de tantas emociones. Una vieja, vendedora de rosquillas, torrados y cacahuetes, le salió al paso. ¡Hallazgo feliz! Con tres ó cuatro rosquillitas y un poco de agua, pensó Teresa que se sostendría muy bien hasta la noche. Cuando esto pensaba, vio aparecer una aguadora. Ya tenía su lista de comida completa. En un banco de mampostería del Paseo de la Ronda se sentó, una vez hecha la provisión de rosquillas, que hubo de ser harto mayor de lo presupuesto, porque se le acercaron multitud de chiquillos que le pedían *chavos*, ó pan, y á todos obsequió. De la cesta de la vendedora pasaban las rosquillas á la falda de Teresa, que las repartía graciosamente y con perfecta equidad entre aquella mísera chusma infantil. Y cuanto más daba, mayor número de criaturas famélicas y haraposas acudían, hasta formar en torno á la guapa mujer una bandada imponen te. La más con tanta de esta invasión fué la rosquillera, que viendo la pronta salida del género decía: “¡Ay, señorita, hoy casi no me había estrenado, y con usted me ha venido Dios á ver! Bien pensé yo, cuando la ví venir, que la señora se parecía á la Virgen Santísima.,”

Sin dar paz á su mano generosa, Teresa iba consolando á toda la chiquillería. “Desnuditos y hambrientos estáis -les dijo.— Malos vientos corren en vuestras casas.. .”, Contaban algunas chiquillas las miserias de su orfandad, y las viejas vendedoras metieron baza, lamentándose de lo malo que es-

taba todo. Si los hombres no tenían dónde ganar para una libreta, ¿qué habían de hacer las pobrecitas mujeres? Con gravedad bondadosa les dijo Teresita, dirigiéndose igualmente á las ancianas y á los niños: “¿Pero no sabéis que ahora van á venir tiempos buenos, muy buenos?., Ante la incredulidad de las viejas, Teresa repitió: “Vendrá una cosa que llaman la Desam . . ., No siguió, porque su auditorio no entendería tal palabra.. . “Señora, como eso que venga no sea un alma caritativa, no sabemos lo que podrá ser.,... “Pues eso-añadió la guapa mujer: -vendrán manos piadosas que cojan lo que sobra de los montones grandes, y lo lleven á remediar tantas miserias.. . Creed que vendrá esa mano.. . ya está cerca.. . casi está aquí ya.,”

Con estos consuelos que daba á los menesterosos, se le fué á Teresa el tiempo sin sentirlo... Más de dos horas había permanecido en aquel lugar, entre mocosos y viejas; la tarde declinaba; se veían grupos de familias pobres que volvían ya de paseo con dirección al centro de Madrid. Buscando la soledad, Teresa se metió por un callejón que á su parecer debía conducirla á la Veterinaria y al mismo sitio donde estuvo sentada con Tarfe. Pero se había equivocado de sendero, pues el callejón la condujo al Taller de coches, y costeano éste, fue á parar junto al Palacio de Salamanca, cuyo grandor y artística magnificencia contempló largo rato silenciosa, midiéndolo de abajo arri-

ba y en toda su anchura con atenta mirada. En esto la sorprendió un movimiento de ternura en lo más vivo de su alma, y acongojada apartó del palacio sus ojos, que empezaron á llenársele de lágrimas: fué que se acordó del pobre Juan y de los excelentes amigos, de honesta, sencilla y semisalvaje condición. Trató de encabritar su espíritu abatido, espoleándolo con esta idea: "Pobre Juan mío, yo haré por tí más de lo que pudieras sonar..."

Afirmando esto, vió multitud de carruajes que volvían de la Castellana. Antes que en acercarse para ver bien á los que pasaban, pensó en retirarse para no ser vista... Entre una ligera neblina polvorosa, Teresa vió pasar á la Navalcarazo, que llevaba en su coche á Valeria; á caballo, al vidrio, iba Pepe Armada. Pasó después la Relvis de la Jara; tras ella la Cardeña, tan linajuda como richachona, en una berlina de doble suspensión, elegantísima, de gran novedad... Pasaron otras que Teresa no conocía, y otros á quienes conocía demasiado. La Villares de Tajo iba en el coche de la Gamonal, de la aristocracia de poco *acá*, que deslumbraba con el brillo chillón del oro nuevo. Ambas señoras iban muy emperifolladas, y llevaban en el asiento delantero de la berlina al pomposo y magnífico Riva Guisando. Detrás iban á caballo, con toda la gallardía andaluza, Manolo Tarfe y Pepe Luis Albareda. "¡Ay-pensó Teresa, volviendo el rostro,— si llega á verme *O'Donnell Chiquito*, me

luzco!..., La Villaverdeja, la Montecorgaz dejáronse ver en la rauda procesión de vanidad; y por fin... *O'Donnell el Grande*, en una vulgar berlina con doña Manuela. . . Vió Teresa el rostro del irlandés en la ventanilla, y en su imaginación le consideró rodeado de un glorioso nimbo de oro y luz como el que ponen á los santos. "Maestro, Dios te guarde-dijo la guapa moza con vago pensamiento .-Toquemos á desamor tizar... Ya está aquí la *Mano Viva*.."

FIN DE O'DONNELL

Madrid, Abril-Mayo de 1904.